

Nazismo y antisemitismo en la Argentina: mitos y realidades

Perón, Braden y el antisemitismo:
opinión pública e imagen internacional*

Ignacio Klich **

Introducción

Meses antes de abril de 1947, momento en que Gran Bretaña remitió la cuestión palestina a las Naciones Unidas, el gobierno de Perón consideró las aspiraciones sionistas y emitió la primera de una serie de instrucciones que se convertirían en la política argentina referida a Palestina. Sin llegar a otorgar un apoyo irrestricto a la esperanza más sentida de los sionistas, la soberanía, la Argentina estaba dispuesta a respaldar una patria judía bajo ciertas condiciones. Y ello fue así a pesar de una amplia gama de consideraciones que podrían interpretarse como empujando en la dirección contraria. Primero, los lazos privilegiados de Buenos Aires con Gran Bretaña, cuyo rol protector de sucesivos gobiernos argentinos respecto de la acción estadounidense nunca será lo suficientemente enfatizado. Segundo, los esfuerzos argentinos para mejorar las relaciones con el mundo árabe, cuyo poder de voto en las Naciones Unidas era interpretado como una forma de neutralizar el ostracismo diplomático con el que los Estados Unidos y la URSS buscaban castigar a la Argentina por su neutralidad durante la guerra. Tercero, la guerra fría, que dio pie a sospechas entre muchos anticomunistas de que el sionismo podría ser filocomunista o servir de caballo de troya para la URSS. Para un gobierno presidido por un supuesto "nazi megalómano" y decidido anticomunista, el apoyo a una patria judía aparecería como una transformación no desdeñable.

* Traducido del inglés por Raúl H. Buonuome. Revisión técnica: Mario Rapoport.

** El autor desea agradecer a la Universidad de Oxford y al Departamento de Educación y Ciencia de Gran Bretaña por su generoso apoyo para la realización de este artículo, que es parte de una tesis para el Doctorado en Filosofía sobre el rol de América Latina en la partición de Palestina, con particular referencia al caso argentino. Una versión anterior (en inglés) de este trabajo, bajo el título "A Background to Peron's Discovery of Jewish National Aspirations", apareció en Margalit Bejarano, Rosa Perla Raicher, Silvia Schenkolewski y Leonardo Senkman (eds.), *Judaica Latinoamericana* (Jerusalén, 1988).

Desde el comienzo estaba claro que la Argentina no tenía intereses reales en juego en Palestina. Aunque inclinada a establecer lazos amistosos con el mundo árabe, estas consideraciones se veían empalidecidas por la prioridad suprema de Perón: las relaciones con las grandes potencias en general, y con los Estados Unidos en particular. Así planteadas las cosas, la posición argentina sobre las necesidades palestinas requiere ser vista como parte de los esfuerzos del gobierno de Perón para lograr una reubicación con el país del Norte. Desde este ángulo, la política argentina sobre Palestina, y su eventual abstención en las Naciones Unidas respecto del plan de dividir al país en un estado judío y otro árabe, estaba a tono con los acontecimientos internos anteriores al fin de la Segunda Guerra Mundial, tales como el distanciamiento de Perón de los nacionalistas más recalcitrantes y la toma de conciencia sobre temas de interés para los judíos. Durante la guerra la Argentina había buscado un *modus vivendi* con los Estados Unidos, aunque en sus propios términos. De allí que sus esfuerzos fuesen bruscamente rechazados por la intención de Washington de quebrar el nacionalismo argentino, con la mira puesta en la caída del régimen militar. El hecho de que la administración norteamericana tuviera poco éxito en lograr estos objetivos es atribuible, en gran medida, a la falta de voluntad de Gran Bretaña en acompañar las medidas más draconianas y menos realistas que el Departamento de Estado promovía como forma de castigo al rechazo argentino de terminar con la neutralidad luego de Pearl Harbour. El punto de vista británico, como lo expresara uno de sus diplomáticos —el agregado de prensa Sidney Robertson— era que “la tan discutida neutralidad argentina... resultaba extremadamente benigna y, en ocasiones, francamente favorable a nuestra causa”.¹

Con el fin de la guerra confirmando a los Estados Unidos en el rol de superpotencia, a Gran Bretaña como imperio debilitado y a la Argentina como un próspero estado paria, el *modus vivendi* habría de regirse, principalmente, por los términos que impusiese Washington, a pesar de que la dependencia británica de los productos argentinos y sus importantes intereses en ese país, así como la contradicción de posguerra entre democracia y comunismo, militasen en favor de Perón. Ello sin perjuicio de la existencia de factores que tendieron a complicar las cosas, como la posición del secretario de Estado de los Estados Unidos, James Byrnes, caracterizada por su limitado interés en América Latina, y la designación de Spruille Braden, munido de una importante y

1. D. Dilks (Ed.), *The Diaries of Sir Alexander Cadogan* (Londres, 1971), pp. 642-644, 650, 654 y 675; Earl of Halifax, *Fullness of Days* (Londres, 1957), pp. 256-257; Sir D. Kelly, *The Ruling Few* (Londres, 1952), pp. 299-305; S. R. Robertson, *Makings Friends for Britain* (Buenos Aires, 1948), p. 73; J. M. Blum (Ed.), *The Price of Vision: The Diary of Henry A. Wallace* (Boston, 1973), pp. 290-292; C. Hull, *The Memories of Cordell Hull* (Londres, 1948), II, pp. 1409-1419; S. Welles, *Where Are We Heading?* (Londres, 1947), p. 169; L. Duggan, *The Americas* (Nueva York, 1949), p. 105; T. M. Campbell and G. C. Harring (Eds.), *The Diaries of Edward R. Stettinius, Jr.* (Nueva York, 1975), pp. 24-25, 172, 174, 265.

discrecional autoridad para definir la política de los Estados Unidos hacia una región relegada. Aunque no insensible a los intereses económicos y militares estadounidenses, la cruzada anti-Perón de Braden resultó, sin embargo, poco funcional para el objetivo de aprovechar las oportunidades para desalojar a Gran Bretaña de su posición de relevancia en el país y los deseos de apartar a la Argentina de toda influencia militar no estadounidense. Nada blando en relación al comunismo, Braden estaba, no obstante, persuadido de que la Unión Soviética, debilitada por la embestida nazi, no se hallaba en posición de amenazar a los Estados Unidos, ciertamente no en América Latina.² Por consiguiente, sus preocupaciones también aparecían desligadas de la prioridad que Washington otorgaba a la unidad hemisférica frente a la guerra fría, lo que hubiera significado llegar a un acuerdo antes que al antagonismo con el gobierno de Perón.

El estado de las relaciones entre la Argentina, Gran Bretaña y los Estados Unidos provee, sin duda, el marco de análisis para juzgar el desarrollo de la política palestina del gobierno de Buenos Aires. Este trabajo, sin embargo, no se ocupa de la formulación de esa política. Más bien, se orienta a identificar las condiciones que la hicieron posible. A partir de allí, busca explicar los elementos que indujeron a Perón a intentar mostrar un grado de sensibilidad hacia los problemas judíos y a analizar cuán lejos había llegado la Argentina en ese camino en el momento en que las Naciones Unidas comenzaron a tratar la partición. Al considerar estos objetivos, emergerá un cuadro que acentúa la dimensión cultural en las relaciones internacionales, vale decir, la imagen de una nación en el exterior, particularmente en otras naciones que son importantes para ella. Influenciada por múltiples consideraciones –incluyendo su producción intelectual, artística y científica, así como su riqueza material, forma de gobierno e historia– la manera en que un país es percibido internacionalmente está fuertemente condicionada por la cobertura que recibe en los medios de comunicación extranjeros. Aún más, la imagen de un estado en particular en la prensa de otro, puede obstaculizar seriamente las relaciones políticas, económicas, y militares bilaterales y, en el caso argentino, esto sucedió con los Estados Unidos. De allí los esfuerzos de Perón por mejorar la imagen de la Argentina –y la suya – en el país del Norte.

¿La preocupación de un “nazi megalómano” por el bienestar judío?

Aparte de la posición neutral de la Argentina durante la Segunda Guerra Mundial, marca de pureza de los anglófilos conservadores que dirigieron al país hasta la revolución de junio de 1943, la presencia de nacionalistas pro-Eje entre los oficiales en cuya compañía el coronel Perón llegó la poder y la falta de

2. Blum, p. 611.

voluntad del gobierno militar de unirse a la política de los Estados Unidos sin una contrapartida válida (el reconocimiento de la preeminencia argentina en Sudamérica) ayudaron a dar forma a la imagen de régimen nazi-fascista que adquirió ese gobierno militar.³ Antes del fin de la guerra, sin embargo, la inteligencia del Tercer Reich había llegado a la conclusión de que Perón no era el líder proalemán que creyó inicialmente. Es sabido que después de la guerra el otrora director de la Sección Reichsicherheitshauptamp (RSHA), responsable del manejo de las actividades de inteligencia nazi en América Latina, confió a sus operadores militares americanos que Berlín había tenido la impresión de que “el régimen de Ramírez no quería cooperar con los Estados Unidos”. Desgraciadamente para los nazis, a medida que la guerra pasaba la RSHA se vio forzada a concluir que Perón, “progermano al principio”, había “cambiado posteriormente”. Dicha admisión era menos notable que las afirmaciones de Perón hechas en privado en marzo de 1944, respecto a que él estaba tratando de alejar al gobierno de los “sueños locos” de sus colegas más nacionalistas, o que su revisión de la situación del país, en abril de ese año, donde ridiculizaba a los nacionalistas como jóvenes e inexpertos y alentaba a las fuerzas armadas a pensar en términos realistas. Estos elementos proveen una perspectiva diferente desde la cual juzgar tanto el aplastamiento del espionaje nazi en la Argentina posterior a la ruptura diplomática con el Eje, como los informes sobre maniobras de Perón para recibir créditos por esa ruptura o su consejo al embajador de Franco, quien, en oportunidad de presentar sus credenciales, fue alentado a permanecer lejos de los “pianta votos”, como Perón había estado llamando a los nacionalistas desde hacía bastante tiempo.⁴

La progresiva derrota del nazi-fascismo obligó a todos aquellos que habían sido alguna vez susceptibles a los halagos de Berlín y Roma a reconsiderar sus posiciones.⁵ Como otros colegas militares, Perón fue uno de ellos, en especial

-
3. M. A. Cárcano, *La fortaleza de Europa* (Buenos Aires, 1951), pp. 192-196; Kelly, pp. 114, 287-299 y 302; Robertson, p. 63; C. Escudé, *La Argentina, ¿paria internacional?* (Buenos Aires, 1984), p. 69.
 4. National Archives (NA), Washington, registros del Departamento de Estado, 740.00116EW/10-2045. Registro del interrogatorio a Theodor Paefffgen; M. Rapoport, *Gran Bretaña, Estados Unidos y las clases dirigentes argentinas* (Buenos Aires, 1980), pp. 206-7; D. Kahn, *Hitler's Spies* (Londres, 1978), pp. 324-7; R. Josephs, *Argentine Diary* (Londres, 1945), p. 330; J. M. de Areilza, *Memorias exteriores* (Barcelona, 1984), p. 25.
 5. Los documentos del Tercer Reich muestran que antes de la derrota del Eje los militares argentinos, incluso los ultra-nacionalistas, debieron revisar sus expectativas irreales en relación a Alemania. Inmediatamente después del golpe, en la primera reunión con el encargado de negocios alemán, el ministro de relaciones exteriores argentino expresó que, a pesar de su germanofilia, la mayoría de los oficiales estaban en favor de una ruptura diplomática con el Eje a fin de terminar con el ostracismo por parte de los Estados Unidos y con la penuria de armamentos. Tres semanas más tarde, el secretario presidencial, coronel Enrique González, le expresó a un intermediario de Berlín el temor de las fuerzas armadas a verse involucrados en una guerra con el Brasil para la cual no estaban preparadas. González le preguntó si, en la eventualidad de un estallido, Alemania estaría

durante su período de estudio en la Europa de preguerra y, más concretamente, cuando fue parte de la agregaduría militar en Roma hasta fines de 1940⁶ y, como él mismo dijo una vez a una delegación de simpatizantes judíos —en lo que quizá fue una autoconfesión e inteligente apología de sus inclinaciones anteriores—, su servicio en el extranjero también le sirvió para entrar en contacto con defensores judíos de aquellas ideologías.⁷ Sin perjuicio de la probable tentativa de Perón de excusar su atracción por el fascismo mostrando los trágicos errores cometidos en el mismo sentido por algunas de las víctimas del mismo, vale la pena tener en cuenta que no fue un agente propalador o difusor de las potencias del Eje. Al igual que el interrogatorio a antiguos oficiales de la RSHA, los documentos alemanes —cuidadosamente tamizados por los oficiales estadounidenses en busca de información incriminatoria— confirmaron el interés argentino en la ayuda militar alemana pero fracasaron en brindar información acerca de que Perón recibiera paga alguna de Berlín. No sorprende, por lo tanto, que las autoridades de Alemania Occidental “confirmaran la absoluta falsedad de muchos de los documentos clave” presentados por el diputado Silvano Santander en apoyo de su tesis de que Perón y Eva Duarte había sido comprados por los nazis. Asimismo, los alegatos en favor de que los nazis financiaron la revolución de 1943 y le otorgaron préstamos personales sin intereses a sus líderes carecen de una base concreta.⁸ El diagnóstico de Braden sobre una presunta megalomanía nazi de Perón resulta entonces tan cuestionable como la idoneidad en psiquiatría de un ingeniero en minas. Además, y en severo contraste con la caracterización de Braden, el embajador británico en Buenos

en posición de enviar entre 800 y 1000 aviones así como materias primas y *know-how* para la producción local de municiones. Preguntó también si Berlín podría destinar entre 25 y 30 submarinos para la protección de las costas argentinas mientras que los japoneses hacían lo mismo para las costas chilenas. No es necesario decir que el interlocutor de González estaba incapacitado para responder a semejante pedido. Lo que Alemania se hallaba dispuesta a hacer, aunque nunca llegó a concretarlo, era transferir algunas armas a España en reemplazo de otras que el régimen de Franco podría, a su vez, entregar a los argentinos. Meynen al Ministerio de Relaciones Exteriores del Reich, 5 de junio de 1943; Schellenberg a K. Wagner, 1 de setiembre de 1943, en *Akten zur Deutschen Auswärtigen Politik* (en adelante *Akten*) (Göttingen, 1979), VI, pp. 144 y 467; von Ribbentrop a Hitler, 27 de enero de 1944, en *Akten*, VII, p. 370.

6. T. L. de Tena, L. Calvo y E. Peicovich, *Yo, Juan Domingo Perón* (Buenos Aires, 1986), p. 26-29; E. Crawley, *A House Divided* (Londres, 1984), pp. 65-66.
7. Si bien Perón no dio nombres, él puede haber conocido a Giorgio del Vecchio, ardiente fascista y judío prominente cuyo patriotismo fue exaltado por Mussolini en 1939 a pesar de la campaña antijudía de su gobierno iniciada en 1937. Dada su investidura diplomática, no es improbable que Perón haya entrado en contacto con el director político del Ministerio de Relaciones Exteriores, el cónsul italiano en Berlín u otros entre los más significativos partidarios del Duce cuyas esposas eran judías. NA, 835.4016/3-1447, G. Scherer a G. Marshall; M. Michaelis, *Mussolini and the Jews* (Oxford, 1978), pp. 228 y 235.
8. R. Crassweller, *Peron and The Enigmas of Argentina* (Nueva York, 1987), p. 143; C. A. Macdonald, “The Politics of Intervention” en *Journal of Latin American Studies*, vol. 12, Nº 2, pp. 375-377.

Aires, sir David Kelly, opinaba que Perón “no estaba para nada interesado” en el nazismo, algo de incontestable veracidad sobre todo hacia el final de la gestión de Kelly. Que Washington sabía esto queda ilustrado por la desmistificación que Perón mismo hace del fascismo cuando le dice a un diplomático de los EE.UU. que “éste era, en el mejor de los casos, un sistema temporario de gobierno (el que) hoy tiene muy pocas posibilidades de éxito ya que la tendencia mundial es hacia la democracia”.⁹

Está claro que la etiqueta de nazi aplicada a Perón se hacía eco de los juicios que la inteligencia de los Estados Unidos hizo sobre el régimen de Pedro Ramírez no bien resultó evidente que no cortarían los lazos diplomáticos con el Eje sin tener la seguridad de que ello le reportaría alguna recompensa en la provisión de armamentos. Sin embargo, no todos los neutrales de la Segunda Guerra Mundial recibieron el mismo tratamiento. Así, por ejemplo, el régimen de Franco tuvo más éxito que la Argentina en transmitir a los Estados Unidos la necesidad de mantener relaciones con el Eje y, por supuesto, nunca declaró la guerra a sus miembros. Dichas relaciones incluían la adquisición de armas alemanas y la exportación de mano de obra y de volframio españoles, mineral éste de crucial importancia para la continuación de los esfuerzos bélicos alemanes.¹⁰ Más aún, las recomendaciones de Braden sobre “las dictaduras y gobiernos desacreditados” de América Latina eran aplicadas con mucho menos vigor a aquellos cuyo nacionalismo y pretensiones regionales no implicaban un reto para los intereses de los Estados Unidos, como el que provenía de la Argentina. Finalmente, si en la inmediata posguerra los Estados Unidos hubieran dispensado tan duro tratamiento a los seguidores y admiradores de los nazi-fascistas o a sus cómplices, como el reservado al líder argentino, el mundo se habría visto libre no solamente de muchos criminales de guerra no juzgados sino también de sus asociados y, por lo menos, de acuerdo con las memorias de un ex-ayudante de Musa al-Alami, líder palestino moderado cuyos esfuerzos fueron minados por Haj Amin al-Husaini,¹¹ la lucha por la autodeterminación e independencia de los árabes palestinos podría haber sido muy diferente.¹²

Una secuela de los cambios que la Argentina comenzó a presenciar antes del fin de la guerra fue la actitud de Perón –vicepresidente de la república durante

9. Kelly, p. 310; NA, 835.00/4-1145, E. Reed a Stettinius.
10. C. J. Hayes, *Wartime Mission in Spain* (Nueva York, 1976), pp. 220-225; Sir. S. Hoare, *Ambassador on Special Mission* (Londres, 1946), pp. 250-1, 256-61; A. B. Fox, *The Power of Small States* (Chicago, 1959), pp. 147-149; R. García Pérez, “El envío de trabajadores españoles a Alemania durante la segunda guerra mundial”, *Hispania*, XLVIII, Nº 170, 1988, pp. 1031-1066.
11. Haj Amin al-Husaini, muftí de Jerusalén y líder supremo del nacionalismo palestino, se refugió en Alemania durante parte de la Segunda Guerra Mundial y colaboró con el aparato de propaganda nazi en transmisiones radiales destinadas al mundo árabe, y también en la organización de una legión musulmana para el esfuerzo bélico alemán. P. Mattar, *The Mufti of Jerusalem* (Nueva York, 1988), pp. 99-107.
12. C. Hourani, *An Unfinished Oddysey* (Londres, 1984), pp. 51-53, 65.

el período julio 1944 - octubre 1945, y electo presidente en febrero de 1946— hacia el antisemitismo y la comunidad judía, estimada en ese entonces en unas 350.000 personas. Dando razones a las afirmaciones de Berlín en el sentido de que no era más pro-germano así como a su confeso abandono de los sueños ultra-nacionalistas, Perón respondió en diciembre de 1944 a una encuesta de la Overseas News Agency (ONA), nombre que la Agencia Telegráfica Judía se dio a sí misma durante la guerra, diciendo que estaban superados los tiempos en que los elementos moderados de las fuerzas armadas, entre los cuales se contaba, habían tenido que tolerar los ataques antisemitas ultranacionalistas. Con todo, tal afirmación no se correspondía totalmente con la insinuación de Perón de que él todavía confiaba en el apoyo nacionalista.¹³ En efecto, los incidentes antijudíos no desaparecieron, como tampoco desapareció de un día para otro la evidente impunidad que disfrutaban quienes los perpetraban. Pero, con el correr de los tres años siguientes, los hechos probaron que los dichos de Perón habían sido mucho más precisos de lo que muchos creyeron.

Perón no sólo rechazó a los antisemitas sino que, como parte de su creciente separación de los ultra-nacionalistas, se desembarazó gradualmente de aquellos más claramente identificados como judeófobos que se hallaban dentro del gobierno. También se tomaron otras medidas correctivas. Menos de un año después de la entrevista con la ONA, por ejemplo, los ministros argentinos de Educación, Guerra y Marina acordaron justificar la ausencia de estudiantes y conscriptos durante las fiestas judías, así como llamar al orden a un maestro por desobedecer la directiva oficial. El año 1945 también fue testigo de la disociación de Perón de los ataques antijudíos de sus seguidores de la Alianza Libertadora Nacionalista (ALN). Con anterioridad a la elección de febrero de 1946, la Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas (DAIA), principal organización judía del país, usufructuó cinco minutos por día en seis diferentes estaciones de radio para publicitar sus puntos de vista sobre varios temas y, aunque faltaría establecer si Perón tuvo algo que ver con esta "luz verde" para hablar por radio, lo que puede decirse es que dichas emisiones, que continuaron luego de que él asumiera la presidencia, hubieran sido incompatibles con la existencia de un "nazi megalómano" en el poder. Perón introdujo en 1946 lo que desde entonces se convirtió en una práctica regular entre sus sucesores; el saludo a la comunidad judía argentina en ocasión del año nuevo judío. Más aún, cierto número de funcionarios de ese origen despedidos de la Dirección General de Migraciones durante los 11 meses previos fueron reincorporados a sus puestos en noviembre de 1946 y, después que la principal sinagoga de Buenos Aires fuese atacada con bombas de

13. NA, 835.00/1-2545, J. Landau a N. Rockefeller. La dirección de ONA incluía a Abba Hillel Silver, presidente del Ejecutivo de la Agencia Judía para Palestina (sección Americana) y del Consejo de Emergencia Sionista Americano (AZEC); a Jacob Blaustein, presidente del Comité Judío Americano No Sionista (AJC), y al ex-subsecretario de Estado Sumner Welles.

alquitrán en julio de 1947, la policía allanó los reductos nacionalistas y la prensa oficialista condenó duramente el ultraje. En contraste, el único diario nacionalista, *La Tribuna*, fue clausurado.¹⁴

El elemento más saliente del trienio, sin embargo, fue la pérdida de autoridad de los más declarados antijudíos, aun cuando la principal causa de su caída no fuese su judeofobia. Entre los nacionalistas más extremistas, con responsabilidades públicas sobre asuntos que afectaban a los judíos, que fueron separados del gobierno se hallaban el general Orlando Peluffo, ministro de Relaciones Exteriores y Culto, el general Juan Filomeno Velazco, bajo cuya gestión la Policía Federal nunca llegó a detener a quienes perpetraban atentados antijudíos, y el general Oscar Silva, secretario militar del presidente, de quien se decía que había dado órdenes de "prohibir rígidamente toda inmigración judía". No menos importante, Santiago Peralta, director de Migraciones desde noviembre de 1945,¹⁵ también fue relevado de su puesto. Su agresiva discriminación contra los judíos fue puesta de manifiesto ante Perón por la DAIA y la Organización Israelita Argentina (OIA), de orientación peronista, así como por entidades judías del extranjero.¹⁶ Al mismo tiempo, otros ultranacionalistas menos influyentes permanecieron en sus cargos, en especial en el Ministerio de Relaciones Exteriores. No obstante, y de acuerdo con lo expresado por alguien afín a los sentimientos nacionalistas afectados por el viraje antinacionalista de Perón, aquellos que lograron sobrevivir lo hicieron ocultando "su nacionalismo o su antiperonismo".¹⁷

Un año antes de la caída de Peralta y Silva, o de la clausura de *La Tribuna*, los visibles cambios en este sentido habían llevado al experto en asuntos latinoamericanos del Comité Judío Americano (AJC), Máximo Yagupsky, antiperonista, a escribir bajo seudónimo que el líder argentino había "hecho pronunciamientos condenando el antisemitismo" mientras que "sus segui-

-
14. DAIA, Buenos Aires, *Actas de Consejo Directivo*, 13 de setiembre y 4 de octubre de 1945, 10 de julio y 3 de octubre de 1946; ATJ, Buenos Aires, 6 de noviembre de 1945; Washington National Record Center (WNRC), Suitland, Embajada de los Estados Unidos en Buenos Aires, 800, G. Ray a Marshall, 28 de julio de 1947; DAIA, *El pensamiento de Perón sobre el pueblo judío* (Buenos Aires, 1954), p. 11.
 15. Los archivos del Instituto Ibero-Americano del Tercer Reich muestran que Peralta estuvo en contacto con Berlín, al menos desde 1934, y que había ofrecido sus servicios al Instituto. NA, 740.00116EW/10-1845, D. Poole a Byrnes. Otra evidencia del antisemitismo de Peralta es su libro *La acción del pueblo judío en la Argentina* (Buenos Aires, 1943).
 16. Documentos HIAS, YIVO, Nueva York, XIII Argentina 17, M. Turkov a A. L. Harris, 9 de noviembre de 1946; XIII Argentina 19, informe sobre la visita de la delegación HIAS, 13 de mayo de 1947; entrevista del autor con Pablo Manguel, 19 de julio de 1984.
 17. P. J. Hernández, *Conversaciones con José María Rosa* (Buenos Aires, 1978), p. 123. Si las reminiscencias de Guillermo Patricio Kelly, ex-líder de la ALN, y judeófobo convertido a la judeofilia, pueden ser tomadas en cuenta, en la medida en que Perón cambió de actitud respecto de los ultra-nacionalistas, éstos fueron puestos bajo vigilancia. H. de Dios, *Kelly cuenta todo* (Buenos Aires, 1984), pp. 7-24.

dores reaccionarios y fascistas” aparentemente “no tienen ya mucha influencia sobre él”. Un tiempo después, el presidente de la Organización Judía Argentina (OJA), Alberto Klein, respondió a un cuestionario de la AJC que desde la elección de Perón las actividades sociales de la comunidad se desarrollaban sin restricciones discriminatorias. No habían ocurrido, a su juicio, incidentes antisemitas graves aunque sí otros menores —incluyendo atentados con bombas de alquitrán contra sinagogas— perpetrados por “un grupo minoritario pronazi”.¹⁸

Es interesante notar que estas aseveraciones no eran sustancialmente distintas a las afirmaciones posteriores de diplomáticos norteamericanos como las del agregado naval J. E. Whatton, oficial de enlace con el sector de las fuerzas armadas argentinas menos entusiasmado con Perón, o del embajador James Bruce. Escribiendo luego de la renuncia de los funcionarios arriba mencionados y de la clausura del citado diario nacionalista, Whatton expresó que se le había dado demasiada importancia a “la influencia y presencia de la ALN y de otros grupos ultra-nacionalistas más pequeños. Sus acciones antisemitas son, a lo sumo, esporádicas y están desapareciendo rápidamente... Estos grupos representan una muy pequeña porción de la población argentina... Se considera que sus esfuerzos no están bien planeados y carecen de la efectividad de otras organizaciones antisemitas como el Ku Klux Klan en los Estados Unidos o los seguidores de Gerald L. K. Smith o del Padre Coughlin”. Bruce rotuló a los miembros de la logia militar secreta detrás del golpe de junio de 1943 como “militantes fuertemente nacionalistas” pero que, al mismo tiempo, “desdafiaban a organizaciones extremistas, como la ALN, que en aquellos días tenían fuerte apoyo nazi”. Si bien Bruce aseguraba que nacionalistas “fanáticos” entre aquellos que tomaron el poder en 1943 “desataron una ola de actividades antisemitas”, reconocía que “los que condujeron ataques antisemitas perdieron terreno gradualmente cuando el gobierno dejó en claro que no favorecía la persecución de ningún grupo racial”.¹⁹

El valioso enfoque de Whatton merece más atención. A pesar de que contiene algunos juicios que pueden confundir es, en general, bastante acertado. Resulta muy interesante su comparación entre la profusa difusión que merecían los antisemitas argentinos en la prensa de su país con la menor atención relativa de los mismos medios sobre la actividad de los grupos antisemitas en los Estados Unidos, un contraste sobre el que otros ya habían llamado la atención previamente.

En su comunicación, Whatton resumió la situación como sigue:

“El antisemitismo no es una política del actual gobierno argentino. Si

-
18. A. Temkin, “Argentina: The Choice before Perón” en *Commentary*, junio 1946, 20; Documentos AJC, YIVO, Oficinas AJC América Latina, 1947, Klein a AJC, 9 de mayo de 1947.
19. WNRC, 800, Informe Whatton sobre el antisemitismo en la Argentina, 24 de octubre de 1947; J. Bruce, *Those Péplexing Argentines* (Londres, 1954), pp. 111 y 303.

bien hay en el gobierno muchos individuos antisemitas de extracción nacionalista que, de vez en cuando sacan ventaja de su posición para satisfacer deseos personales, no reciben el apoyo oficial en sus acciones y no consiguen logro alguno.

"Prácticamente, todo el antisemitismo nace, de alguna manera, de fuentes nacionalistas. Sin embargo, debería tomarse en cuenta que, del total de nacionalistas sólo un grupo pequeño lleva la ideología al extremo de incluir al antisemitismo como un punto cardinal de su programa. Estos pocos, invariablemente, se encuentran en organizaciones menores como la ALN, que ... son más pequeñas, no tan bien dirigidas y menos efectivas que sus similares en los Estados Unidos. Incluso, en esas organizaciones el antisemitismo aparece como un rasgo incidental frente a otros aspectos..."

"[...] esa pequeña semilla de antisemitismo es amarga, pero... dado que proviene de tan pequeña fuente... debe ser considerada carente de importancia en términos relativos. Es una amenaza potencial en la medida que los ultra-nacionalistas ganen alguna vez el control del gobierno; pero esa situación no parece factible en las circunstancias actuales... De cualquier manera, el antisemitismo no es tan evidente aquí como en los Estados Unidos."

Si bien está fuera del alcance de este trabajo el análisis de la actitud de la Argentina hacia los judíos refugiados y personas desplazadas, tema que es centro de preocupación de otros investigadores, hay dos puntos que merecen ser enfatizados para nuestros propósitos. Primero, que a pesar del hecho de que esto nunca impidió el ingreso a escondidas de un pequeño número de judíos, la expresión más rotunda de la discriminación antijudía de posguerra en los círculos gubernamentales argentinos estuvo en el área de inmigración. Esto afectó el trabajo de entidades judías no-sionistas comprometidas con los sobrevivientes del holocausto. Los judíos que solicitaban visas eran discriminados por su condición judía durante la época de Peralta. Si bien fue lo suficientemente cuidadoso para no ponerlo por escrito, existen indicios incontrovertibles acerca de la advertencia de Peralta a los funcionarios consulares argentinos de que las visas solicitadas por aquellos de "fe judía" no debían ser otorgadas. Además, como lo indica Leonardo Senkman, los lineamientos oficiales para el tratamiento de personas desplazadas y los planes de industrialización del país, que determinaron su política de inmigración, también incidieron contra la radicación de judíos. Después de la gestión de Peralta, y confirmando esta posición, el embajador norteamericano Bruce escribió que "se preferían los técnicos y obreros calificados" y que "los españoles e italianos serían absorbidos más fácilmente". Bruce también señalaba otra razón para las preferencias de la Argentina: la profunda reducción de las estimaciones acerca de la fuerza de trabajo necesaria

para cumplir los objetivos del plan quinquenal. El número inicial de "5.000.000 de inmigrantes" en gran parte había sido siempre "pura charla".²⁰

Esto, así como medidas posteriores para prevenir la infiltración comunista —que se volvió contra muchos europeos del Este con prescindencia de su credo— ayuda a explicar por qué la inmigración judía no era una prioridad post-Peralta para los funcionarios políticos en la Argentina. La renuncia de aquél, sin embargo, allanó el camino para facilitar la admisión e inserción de los inmigrantes judíos, especialmente de aquellos que habían ingresado al país a escondidas. En línea con la respuesta pragmática de Perón a los nacionalistas descontentos, a quienes se les dijo que tales judíos ya estaban en el país, éstos llegaron a conformar uno de los más grandes —sino el mayor— grupo de beneficiarios de la amnistía de 1948 para residentes ilegales. Esto, sin embargo, no fue el final de la discriminación antijudía en asuntos migratorios. Muchos meses después de que Peralta fuera forzado a dejar su cargo, una circular del Ministerio de Relaciones Exteriores a todos los consulados argentinos firmada por Ernesto Campolongo —jefe de la División Contencioso-Administrativa del Ministerio— señalaba a los judíos como personas sobre las que se debía prestar especial atención entre aquellos que solicitasen visas bajo identidades supuestas.²¹

El segundo punto a subrayar, es que el caso de la inmigración judía como pauta para juzgar la actitud del gobierno peronista hacia los judíos es inadecuada si no se toman en cuenta y contraponen otras acciones y puntos de vista. Dicha comparación no puede menos que mostrar que si el gobierno argentino no estaba especialmente interesado en los inmigrantes judíos, tampoco lo estaba la Iglesia Católica, los adversarios de Perón y la mayoría de los potenciales receptores de judíos en América Latina. La Iglesia públicamente recomendó tener en cuenta el "factor religioso" en la evaluación de solicitudes de visa. En cuanto a los antiperonistas, nada menos que el diario proaliado *La Prensa* estaba en contra de la inmigración judía puesto que, a su entender, los judíos eran inasimilables, tal como lo menciona el experto latinoamericano de AJC en 1946.²² Y si bien es cierto que en mayo de 1947 el legislador radical Alberto Candiotti, uno de los principales expertos en política exterior de la oposición, solicitó infructuosamente explicaciones al gobierno sobre

20. L. Senkman, "Política internacional e inmigración europea en la Argentina de post-guerra" en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, diciembre 1985, p. 117; Bruce, *Those Perplexing...*, p. 113.
21. Instituto de Judaísmo Contemporáneo (ICJ), Universidad Hebrea, Jerusalén, Historia Oral, Entrevista a Moisés Goldman, 11 (171); NA, 835.044/7-1949, T. Maleady a Marshall; documentación privada de Pedro Catella; Circular de Campolongo a los consulados argentinos, 21 de abril de 1948. De acuerdo con Maleady, la prensa antiperonista vio a la amnistía sólo como un posible vehículo para legitimar el ingreso ilegal previo de "criminales de guerra".
22. ATJ, Buenos Aires, 12 de febrero de 1947. Documentos AJC, Buenos Aires, América Latina-gobierno de los Estados Unidos, Yagupsky a S. Segal, 14 de enero de 1946.

si los inmigrantes estaban siendo seleccionados “de acuerdo a raza, religión o ideología”, no existen pruebas contundentes de que un gobierno de la Unión Democrática hubiera hecho, en la práctica, las cosas más sencillas para los judíos. Sabido es que Martín Noel, identificado por la embajada británica como probable canciller de un gobierno de la Unión Democrática, había sido años antes miembro del comité de organización del I Congreso de Cultura Iberoamericana sancionado por el régimen del general Ramírez. Teniendo en cuenta que tal comité ubicaba a Noel junto a personalidades del nacionalismo argentino poco conocidas por su afecto a los judíos —tales como Mario Amadeo, Gustavo Martínez Zuviría, Basilio Pertiné, León Scasso, etc.—, sería desatinado pensar de antemano que las instrucciones de cancillería de un gobierno liderado por los radicales habrían sido tanto más favorables a los inmigrantes judíos que las de Campolongo. Más allá de esto, los otros países latinoamericanos en su gran mayoría, a excepción de la República Dominicana, no se hallaban precisamente entre los más interesados en recibir inmigración judía, y su renuencia para actuar de manera diferente estaba complicada por señales contradictorias de los Estados Unidos. Mientras que el general John Hilldring, secretario adjunto de Estado para las zonas ocupadas, procuró alentar a los latinoamericanos a recibir personas desplazadas, los representantes de los Estados Unidos en América Latina, especialmente los agregados militares, parecían más preocupados por evitar que la inmigración se convirtiese en un vehículo de infiltración comunista.²³ Futuras investigaciones tendrán que probar si los impedimentos con los que tropezaron las entidades judías encargadas de ubicar fuera de Europa a aquellos que no deseaban permanecer allí, estaban reforzados directa o indirectamente por la posición sionista que concebía a los sobrevivientes del holocausto como fuente natural de inmigración a Palestina.²⁴

Las conclusiones de varios interesados en el tema son indicativas de la actitud prevaleciente en los otros países del continente. Luego de su viaje a América Latina, entre setiembre y octubre de 1946, el experto latinoamericano del AJC informó que: “la inmigración judía al Perú es prácticamente imposible” y que es “impensable” una “inmigración organizada” hacia Bolivia, Brasil, Chile, Ecuador, Paraguay y Venezuela. En cambio, consideraba posible la llegada de pequeños grupos a esos países.²⁵ En forma coincidente, el excongresista estadounidense Herman Koppelman, que recorrió la región para elaborar un informe sobre el futuro de personas desplazadas, fue informado por el embajador de su país en Buenos Aires, George Messersmith, que varios

-
23. WNRC, 800, Informe sobre organizaciones comunistas, del asistente del agregado militar, 25 de setiembre de 1946.
24. P. Grosse, “The President versus the Diplomats” en W. R. Louis y R. W. Stookey (Eds.), *The End of The Palestine Mandate* (Londres, 1986), p. 42.
25. Documentos AJC, visitas AJC, Informe del viaje de Yagupsky a América Latina, 4 de setiembre al 29 de octubre de 1946.

países latinoamericanos “no estaban interesados en recibir inmigrantes judíos a la luz de experiencias pasadas”.²⁶ Más aún, a pesar de la imagen considerablemente más optimista del Brasil, pocos meses después de la visita de Yagupsky el Consejo Nacional de Defensa de la Argentina supo que los brasileños había implantado controles inmigratorios más estrictos. A raíz de esto, se le impidió la entrada a muchos pasajeros judíos a bordo de un vapor que hacía escala en Río.²⁷ Todo hace suponer que ni la Iglesia Católica argentina ni los antiperonistas argentinos ni los países vecinos ofrecían un panorama radicalmente diferente hacia los inmigrantes judíos, en tanto que el rol de los Estados Unidos era, en el mejor de los casos, errático. Que la experiencia argentina no haya sido analizada comparativamente con otras no parece haber sido una seria preocupación de muchos de los severos jueces de la actitud de Perón hacia los judíos. Deberíamos preguntarnos sobre la razón de esta aparente negligencia.

Braden y la instrumentación del antisemitismo

La primera respuesta que puede explicar esta cuestión es que, luego del genocidio nazi, la opinión pública norteamericana y, en especial, la comunidad judía eran particularmente sensibles respecto al antisemitismo que pudiera producirse al sur del Río Grande, ya sea que se originase en una discriminación oficial o en manifestaciones de otro tipo. De allí que los esfuerzos del gobierno argentino para quebrar al fenómeno antisemita, cuya erradicación no estaba incluida en los compromisos de Chapultepec, formasen parte del paquete destinado a Washington, dado que una acción en tal sentido se hallaba ligada tan íntimamente y en forma tan particular a los Estados Unidos como parecieron estarlo los sentimientos antisemitas y antiyanquis a los nacionalistas argentinos. Estos esfuerzos son una confirmación de la visión acertada que tenía Perón del antisemitismo como una carga onerosa que dañaba la prioridad máxima del gobierno: un *modus vivendi* con los Estados Unidos. En línea con tal objetivo, resaltaba su aparente convicción de que debía aplacarse la inquietud de la comunidad judía del país del Norte con el fin de restarle argumentos a los funcionarios norteamericanos antiperonistas. Esto abona la idea, que constituye una segunda respuesta a la cuestión anterior, de que la inquietud judía norteamericana fue utilizada por aquellos que deseaban el derrocamiento de Perón. Una prueba de su utilización se puede encontrar en el hecho de que algunos de los más prominentes judíos norteamericanos se unieron al coro de protestas producidas por el apoyo del secretario adjunto de Estado,

26. Biblioteca Harry S. Truman (HST), Independence, Archivos Centrales, memorandum del Departamento de Estado a M. Connelly, 3 de abril de 1947.

27. Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la Argentina (AMREC), Buenos Aires, División Política (DP), Defensa Nacional 947, J. Tasso a P. La Rosa.

Nelson Rockefeller, a la admisión en las Naciones Unidas de un "país fascista". En efecto, el coro de desaprobación con el que la prensa norteamericana saludó el ingreso de la Argentina a las Naciones Unidas doblegó el intento de Rockefeller de establecer las relaciones argentino-estadounidenses sobre nuevas bases. En julio de 1945, por ejemplo, Louis Lipsky, presidente de la Conferencia Judeo-Norteamericana, a la sazón organismo aglutinador de las instituciones del judaísmo estadounidense, escribió sobre la invitación de la Argentina a San Francisco:

"Uno se preguntaba por qué las delegaciones de los Estados Unidos y de Inglaterra estaban tan interesadas en tener a la Argentina de Perón entre los miembros de las Naciones Unidas en su primera sesión ¿Qué propósito político podría haber que resistiese el veredicto de la justicia? ¿Por qué no se podía pedir a la Argentina que esperase un poco? El estado fascista de la Argentina había escrito una página negra de colaboración con el Eje durante todos los años de la guerra; mientras se desarrollaba la Conferencia reafirmaba sus lazos de amistad duradera con la Alemania nazi proveyendo refugio a los criminales nazis y a sus posesiones robadas. No serviría a propósito político alguno el ignorar el pasado criminal de la Argentina y acordarle un lugar entre las naciones amantes de la paz sin investigar sus intenciones. En realidad, la admisión de Argentina hizo por Argentina lo que ésta no estaba dispuesta a hacer por ella misma. La Conferencia lavó definitivamente sus pecados sin solicitar siquiera un gesto de arrepentimiento al pecador".²⁸

Las aprehensiones de Lipsky no eran originales. Ello queda demostrado por el hecho de que los judíos norteamericanos parecieron respaldar por bastante tiempo los esfuerzos de Braden, sucesor de Rockefeller, para provocar la caída de Perón. Los atentados antijudíos de octubre/noviembre de 1945 indujeron a una inicitiva del AJC ante el Departamento de Estado. El AJC urgía al secretario de Estado Byrnes a "requerir del conjunto de las repúblicas americanas o de las Naciones Unidas el inicio de acciones para erradicar el antisemitismo nazi de la Argentina".²⁹ Menos de dos meses después, *The Nation*, un semanario liberal progresista e influyente de Nueva York, llamó a la suspensión de la Argentina de las Naciones Unidas debido a su régimen nazi. En su presentación, *The Nation*, cuyo Consejo Asesor incluía al presidente del Con-

-
28. L. Lipsky, *Memories in Profile* (Filadelfia, 1976), p. 579. Desde su cama en el hospital, Cordell Hull, el ex subsecretario de Estado, trató de minar los esfuerzos de Rockefeller aconsejando a la delegación estadounidense a San Francisco que la Argentina no merecía aún ingresar a las Naciones Unidas. Welles, p. 176; Duggan, p. 115; Hull pp. 1405-1406; Blum, pp. 439, 456-457; B. B. Berle y T. B. Jacobs (Eds.), *Navigating the Rapids* (Nueva York, 1973), pp. 206-207; Campbell y Herring, pp. 341-344, 346-347; W. A. Harriman y E. Abel, *Special Envoy to Churchill and Stalin* (Nueva York, 1975), pp. 455-456.
29. NA, 835.4016/11-2845, J. Proskauer a Byrnes.

greso Judío Americano y del Congreso Judío Mundial (CJM), Stephen Wise, trató de probar, entre otras cosas, que “el régimen de Perón ha hecho del antisemitismo una parte integral de su programa mediante la estrategia adoptada por los nazis que hace del judío un chivo expiatorio”. Tres meses después, el triunfo electoral de Perón, en lo que la mayoría de los observadores consideraron como una elección justa y limpia, fue saludado con una renovada solicitud de suspensión de la Argentina. Esta vez, *The Nation* alegó que la estrategia política de Perón había sido “copiada directamente de su mentor nazi, Adolfo Hitler”.³⁰

Sin lugar a dudas, los ataques del presidente de la Conferencia Judeo-Norteamericana contra el intento de Rockefeller de apartar a los Estados Unidos de la “política del garrote” practicada por el ex secretario de Estado Cordell Hull, así como las solicitudes de la AJC y, hasta cierto punto, los artículos de *The Nation*, ejemplifican nítidamente la genuina desconfianza hacia Perón que tenían los judíos norteamericanos. Poco importaba que algunos de sus alegatos no estuviesen suficientemente probados o que se basasen tanto en rumores como en pruebas. Sin negar las simpatías germanófilas de los oficiales militares argentinos, o las oportunidades que proporcionaba el gobierno de Castillo a las actividades nazis en el país —aun después que el partido nazi fuese proscrito, en 1939—³¹ es justo decir que los alegatos de estas organizaciones magnificaron desproporcionadamente la realidad. Más aún, iban incluso en contra de las posiciones de judíos locales de su confianza y de quienes obtenían la información. Si las exigencias de la época de guerra hacían necesario que el peligro nazi no fuera subestimado sino, por el contrario, enfatizado, el historiador debe estar preparado para diferenciar entre verdades absolutas, verdades a medias y falsedades notorias.

Tomemos, por ejemplo, la cuestión del número de miembros del partido nazi en la Argentina. En 1942, la estimación de un uruguayo antinazi —cuyos propósitos fueron alentados por los Estados Unidos y que logró la adhesión de los judíos— llevaba a 30.000 ese número en Buenos Aires solamente. Con mayor precisión, a la caída de Berlín los registros del partido nazi capturados por las fuerzas de ocupación revelaron que antes de la finalización de 1942 la nómina total de miembros (aportantes o no) para todo el país era de 1489. Por más que la literatura combativa del uruguayo Hugo Fernández Artucio estuviera basada en datos de la inteligencia estadounidense y de otras fuentes aparentemente confiables, la amplia divergencia entre su estimación y los registros de Berlín brindan una idea de la problemática que nos ocupa. En realidad, los números de Fernández Artucio no se encontraban en el extremo más exagerado; de allí el aura de credibilidad de la que gozó temporalmente. En

30. *A request for the Suspension of Argentina from the UN*, The Nation Associates, Nueva York, enero 1946, p. 7. Documentos de Herbert Lehman, Universidad de Columbia, Nueva York, p. 465, F. Kirchwey a Lehman, 2 de abril de 1946.

31. R. A. Humphreys, *Latin America and the Second World War* (Londres, 1981), tomo I, pp. 32, 154-155.

efecto, de acuerdo con Waldo Frank, hacia 1942 la embajada alemana en Buenos Aires había "organizado 80.000 nazis en el país". Si bien sería muy fácil utilizar la imprecisión de Fernández Artucio para extrapolar una conclusión más general, por ejemplo que todas las exageraciones a propósito de la complicidad de la Argentina con el Eje son semejantes a la relación de 20 a 1 entre miembros estimados y reales del partido nazi en la Argentina, la prudencia indica que no puede tomarse como válida ninguna de tales imputaciones sin una revisión pormenorizada de los datos que, desde entonces, tenemos disponibles.³²

Pese a ser ampliamente aceptados, los alegatos sobre la transformación de la Argentina en un paraíso nazi se basaban tanto en suposiciones como en hechos reales. Pero paralelamente a ello, no debe perderse de vista la utilización política de tales acusaciones por parte de los adversarios de Perón. En efecto, el foco de la publicidad estaba centrado en resaltar la admisión de nazis a la Argentina para desacreditar a Perón ante los ojos del público norteamericano, aun cuando la actitud de casi todos los gobiernos posteriores hacia los nazis residentes en el país no fue muy diferente a la de aquél. Con la fuerza de la información documental disponible se hace imperativa la necesidad de tomar estos alegatos con una dosis de reserva. Si bien no puede negarse que existió una afluencia de europeos comprometidos con el nazismo y el fascismo, las siguientes salvedades ponen esta situación en perspectiva.

1. La atracción de científicos y técnicos que ayudasen a la industrialización de la Argentina, en especial al desarrollo de una industria nacional de aeronáutica y armamentos así como al programa de investigaciones nucleares, formaba parte del intento de Perón por conseguir cierto grado de autosuficiencia en estos campos, que se hallaba inspirado tanto por el nacionalismo como por la política de los Estados Unidos de armar al Brasil en detrimento de la Argentina. Este intento no sólo coincidía con los pronósticos del Departamento de Estado de octubre de 1944 sobre "técnicos nazis refugiados" que vendrían a colaborar en el desarrollo de las industrias de defensa de la Argentina, sino que también concuerda con los informes alemanes sobre propuestas argentinas a la representación en España de fábricas nazis de armas después de la ruptura diplomática con el Eje. En éste, como en otros campos, los argentinos actuaron como las potencias aliadas. Sin embargo, como otras naciones en desarrollo, sólo lograron reclutar los remanentes de las más vastas operaciones Paperclip, angloamericana y Osavakim, soviética. Informes no confirmados indican que más de 250 técnicos aeronáuticos y pilotos de la Luftwaffe emigraron a la Argentina. Aún suponiendo que todos hubiesen sido científicos y técnicos, aunque no lo eran, y sin cuestionar la verosimilitud del guarismo en sí mismo, éstos serían alrededor de un tercio de los 642 especialistas que, de acuerdo con las estadísti-

32. H. Fernández Artucio, *The Nazi Underground in South America* (Nueva York, 1942), p. 87; A. Frye, *Nazi Germany and the American Hemisphere* (Nueva York, 1967), p. 66; *Nazi Party Membership Records*, Senado de los Estados Unidos, Washington, marzo de 1946, I, pp. 47-48; W. Frank, *South America Journey* (Londres, 1944), p. 124.

cas estadounidenses, ingresaron al país del Norte bajo el programa Paperclip hasta 1953. De paso, es bueno tomar en cuenta que los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores de la Argentina ponen de manifiesto que no todos los expertos militares, industriales y nucleares que se postularon resultaron aceptados, lo que indicaría que el criterio seguido para guiar el esfuerzo reclutador era más la utilidad que la afinidad política.³³

2. En cuanto a los jerarcas y otros nazis que vinieron, ayudados en algunos casos por funcionarios argentinos, se burlaron sin duda las seguridades otorgadas a Gran Bretaña en setiembre de 1944 en el sentido de que no sería admitido ningún criminal de guerra. Empero, las denuncias sobre la llegada de líderes nazis tales como Adolf Hitler o Martin Bormann fueron inmediatamente desestimadas por los estadounidenses, que las atribuyeron a los argentinos exiliados en Montevideo, algunos de ellos muy notorios "por poner en circulación los rumores más sensacionalistas e irresponsables". Más aún, el reclamo de Simon Wiesenthal, director del Centro de Documentación Judía con base en Viena, de que Perón protegió a los fugitivos nazis con 7.500 pasaportes en blanco fue desmentido por Jacob Tsur, primer diplomático de Israel en Buenos Aires. De modo similar, las historias del aumento del patrimonio personal de Perón como resultado del arribo de criminales de guerra nazis, así como las anteriores relacionadas con los alicientes económicos otorgados a los coroneles argentinos en general, y a Perón o a Evita en particular, no disponen de pruebas confiables³⁴. Sin lugar a dudas, sin embargo, criminales de guerra como Adolf Eichmann, Edward Roschamnn, Josef Schwammberger y Klaus Barbie, para nombrar a unos pocos, aterrizaron en Buenos Aires y, en algunos casos, vivieron sin ser molestados. Si bien los investigadores todavía tienen que explicar a fondo qué facilitó su arribo sin trabas, si nos remitimos al caso Barbie no es irra-

33. C. Escude, *Gran Bretaña, Estados Unidos y la declinación argentina* (Buenos Aires, 1983), p. 156; E. S. Milenky, "Arms Production and National Security in Argentina", *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, vol. 22, Nº 3, 1980, p. 275; T. Bower, *Blind Eye to Murder* (Londres, 1981), pp. 127-129; C. G. Lasby, *Project Paperclip* (Nueva York, 1975), pp. 5, 161; J. J. Sebrelí (ed.) *La cuestión judía en la Argentina* (Buenos Aires, 1968), p. 21; Ripken al ministro de Relaciones Exteriores alemán, 28 de julio de 1944, en *Akten VIII*, p.261; AMREC, DP, Suiza, B. Llami a J. Bramuglia, 26 de junio de 1947; C. Desmarás a Llambí, 4 de setiembre de 1947; Varios 2/947, E. Augusti a Bramuglia, 30 de octubre de 1947.

34. Escudé, pp. 157-158; NA, 862,20235/3-1346, 3-2456 y 3-2946, Byrnes a las embajadas de los Estados Unidos en Buenos Aires y Montevideo, W. Dawson a Byrnes y Cabot a Byrnes; 862.2-0235/3-147, 3-347 y 3-1347, P Bonsal a Marshall, Messersmith a Marshall y Bousal a Marshall; AMREC, DP, Estados Unidos 11/947, Messersmith a Bramuglia, 3 de marzo de 1947; Desmarás a P.Radio, 7 de marzo de 1947. Entrevista del autor con Jacobo Tsur, 27 de junio de 1983; T. E. Martínez, *Peron and the Nazi War Criminals* (Washington, 1984), p.13. Según Haim Avni, los trabajos de Tomás Eloy Martínez y de este investigador tienden a minimizar la importancia del influjo nazi. Sin embargo, el aserto de Avni no viene de la mano de cifras sobre tales arribos. Véase H. Avni, *Argentina & the Jews* (Tuscaloosa, Alabama 1991), p. 239, nota 18.

cional suponer que aquellos que tenían algo de valor para dar a cambio fueran utilizados por los servicios de inteligencia de los Estados Unidos o de Gran Bretaña y luego ayudados a escapar. A pesar de que los cazadores de nazis han de encontrar poco alivio en el hecho de que la complicidad argentina haya sido una de tantas, es importante enfatizar que, con toda probabilidad, no fue la más significativa.

3. En términos cuantitativos, los colaboracionistas yugoeslavos y de las repúblicas bálticas parecen ser el grupo más grande de europeos comprometidos con el régimen fascista. Los croatas solamente sumaban alrededor de 5000 de acuerdo con datos proporcionados por Perón. En verdad, las cifras de Wiesenthal se acercan a la realidad si incluyen a estos colaboracionistas. Entre ellos había criminales de guerra como Radislaw Ostrowsky y Ante Pavelic, líderes del gobierno títere de Bielorrusia y Croacia respectivamente. Con la aparición de la Cortina de hierro su inmigración fue estimulada activamente y asistida de maneras diversas por los Estados Unidos, Gran Bretaña y el Vaticano para protegerlos de los comunistas que gobernaban sus países.³⁵ No es sorprendente tampoco que la legislación estadounidense sobre personas desplazadas —US Displaced Persons Act— haya sido vista por largo tiempo como el vehículo que permitió el ingreso a aquel país de los colaboradores nazis. Un ex abogado del Departamento de Justicia ha escrito que “más de 300 nazis bielorrusos” y quizás “un número mayor de nazis ucranianos” fueron ingresados clandestinamente.³⁶ No se han encontrado cifras para otros países de las regiones báltica y balcánica. El total, sin embargo, podría situarse por debajo del de la Argentina dado el aliento que recibieron esos “colaboradores útiles” para emigrar a América Latina. A fin de facilitar su admisión, a principios de 1947, Hilldring —secretario adjunto de Estado— informó a la Argentina que la Administración Truman consideraba que cada república americana debía tener libertad de acción e independencia para resolver la cuestión de los refugiados del modo que mejor se adecuase a sus intereses. Por lo tanto, no es coincidencia que fuese amablemente rechazada la posterior solicitud del gobierno de Belgrado de ser consultado por la Argentina sobre las solicitudes de visa de ciudadanos yugoeslavos entre quienes habría “gran número de criminales de guerra”.³⁷

A diferencia de Lipsky, quien al momento de escribir podría no haberse dado

35. AMREC, DP, Santa Sede 2/946, L. Castiñeiras a Cooke, 2 de junio de 1946; Castiñeiras a Bramuglia, 13 de julio de 1946. En su segunda carta, el embajador argentino ante la Santa Sede informó sobre una conversación con el secretario de Estado del Vaticano, mons. Giovanni Montini, alrededor del interés de la Santa Sede en la emigración de italianos y de todos aquellos católicos que no podían retornar a sus hogares. De Tena, *et. al.*, pp. 85-86; J. Loftus, *The Belarus Secret* (Nueva York, 1982), pp. 106-108. Además de su anticomunismo, la sensibilidad de la Santa Sede respecto de Pavelic puede ser explicada por la identificación de su régimen con el catolicismo; O. Chadwick, *Britain and the Vatican during the Second World War* (Cambridge, 1986), p. 148; A. Rhodes, *The Vatican in the Age of the Dictators* (Londres, 1973), pp. 323-336.

36. M. Whischnitzer, *To Dwell in Safety* (Filadelfia, 1948), pp. 271-272; Loftus, p. 105.

37. AMREC, DP. Política Internacional Argentina 4/947, L. Luti a Bramuglia, 19 de febrero

cuenta de que los Estados Unidos, como otros participantes del conflicto bélico, tomarían ventajas de la inteligencia y conocimientos de los científicos de los vencidos, o dé que eventualmente la política norteamericana significaría una clara “luz verde” para la absorción de colaboradores de los nazis por parte de la Argentina, el AJC y *The Nation* glosaban sobre hechos que conocían mejor. Por un lado, el AJC había sido aconsejado por una fuente judía confiable de la Argentina en contra de la postura que adoptó. Jedidio Efron, funcionario de la Asociación de Colonización Judía (JCA), no sólo señalaba que los atentados de la ALN habían sido exagerados por los reporteros y “que no tenían las características de un pogrom”, sino que también recomendaba “no hacer nada en ese momento”. Por otro lado, si *The Nation* hubiera consultado al Departamento de Estado y a Wise, como es probable que lo haya hecho, habría corroborado los informes de prensa sobre la disociación pública de Perón en relación a los actos de violencia antisemita de los seguidores de la ALN. En verdad, él declaró que los participantes en atentados antijudíos eran ajenos a todo patrón democrático y no pertenecían a fuerza política alguna. En la misma tesitura, el ministro del Interior argentino sostenía que esos “lamentables” incidentes antijudíos tenían la más amplia desaprobación del gobierno.³⁸ En cambio, *The Nation* corroboraba sus afirmaciones en base a los informes de los corresponsales en Buenos Aires del *New York Herald Tribune* y del *New York Times* (NYT). Según diplomáticos británicos en la Argentina, el periodista Arnaldo Cortesi del NYT había sido manipulado por el embajador Braden para distorsionar y exagerar la situación real. Presumiblemente a causa de esto, Cortesi describió el antisemitismo “como parte del acervo político del coronel Perón”, desgraciada tergiversación repetida por *The Nation*.³⁹ Al igual que el desdén de Braden para con los informes que no avalaban su línea, el AJC y *The*

de 1947; Yugoslavia 14/947, La Rosa a P. Diana, 17 de octubre de 1947; Yugoslavia 14/497, F. Pirc a Bramuglia, 27 de noviembre de 1947; Desmarás a Pirc, 22 de diciembre de 1947. La carta a Diana, director de Migraciones, se refería al acuerdo alcanzado en la oficina presidencial con relación al ingreso del ex-premier pronazi yugoeslavo Milan Stojadinovich.

38. Documentos AJC, Oficinas AJC en América Latina 1945-1946, Yagupsky a Segal, 24 de noviembre de 1945; NA, 835.4016/12-1245, Memorandum de la conversación entre T. Mann y J. W. Wise; H. Havni, *Argentina y la historia de la inmigración judía* (Buenos Aires, 1983), p. 497; R. Weibrot, *The Jews of Argentina* (Filadelfia, 1979), p. 229.
39. Escudé, p. 185. Nora Pines, la periodista que entrevistó a Perón para la ONA en 1944, y fue expulsada de la Argentina en 1948, fue descripta por Yagupsky de AJC como integrante del “servicio de inteligencia” de Braden. Que Pines y su jefe en Nueva York, Jacob Landau, se hayan identificado con la línea de Braden está sugerido por el hecho de que mientras el *chargé d'affaires* estadounidense, John Cabot, a cargo de la embajada en Buenos Aires después de la transferencia de Braden, se refería a ella como una persona que “no deformaría conscientemente los hechos”, durante el período de servicio de Messersmith ambas, la ONA y Pines, comenzaron a ser visualizados ni como “amigos de los Estados Unidos” ni como “confiables”. Documentos AJC, Oficinas AJC en América Latina 1948, Yagupsky a M. Halperin, 21 de abril de 1948; NA, 811.91210/6-746 y 6-2546, Cabot a Byrnes y Landau a L. Halle; WNRC, 891, S. O'Donoghue a Marshall, 3 de enero de 1947.

Nation parecían actuar con prescindencia de lo que no encajaba en sus endurecidas y cada vez más obsoletas ideas sobre Perón. Es natural, entonces, que las advertencias de Waldo Frank no fueran escuchadas. Oponente de Perón y víctima de la violencia nacionalista durante su gira de conferencias por la Argentina en 1942, Frank, de todas formas, advirtió a *The Nation* que el intervencionismo “va contra el axioma mismo de independencia de América Latina”. Lo mismo se puede decir del ex-subsecretario de Estado Sumner Welles, miembro del directorio de la ONA y consejero informal de la Agencia Judía para Palestina en 1946, cuando expresó que “uno no necesita ser un admirador del coronel Perón para cuestionar las caricaturas hechas de él y que lo presentaban como un fascista tipo lobo con piel de cordero, como una nueva edición de Hitler, como un tirano corrupto o como un despiadado antagonista de la democracia, rodeado e inspirado por agentes nazis”.⁴⁰

Entre paréntesis, la mala opinión que los británicos tenían sobre los periodistas mencionados aporta una credibilidad considerable a la etiqueta que les pusiera Perón de “mentirosos y perturbadores”. Braden, sin embargo, declaró como “verdaderos los despachos de prensa” de Cortesi, a pesar de que informó a Washington luego de su primera rueda de prensa en Buenos Aires, que el corresponsal del NYT había malinterpretado sus declaraciones al atribuirle que “por necesidad y no por elección, los Estados Unidos habían reconocido gobiernos como el actual régimen argentino”. La falta de explicaciones de Braden acerca del modo en que fue malinterpretado es en sí misma un indicio de que Cortesi, que calificaba al gobierno de Farrell-Perón como peor que el fascismo italiano, no pudo haber entendido mal o fuera de contexto las palabras del embajador. Naturalmente, Braden hizo todo lo posible para proteger a Cortesi y a otros de la represalia oficial, incluyendo la oferta de alojarlos en su embajada y darles facilidades para la transmisión de noticias, con el fin de preservar lo que él consideraba “informes corajudos”; “corajudos” en tanto habían sido de “suma utilidad para debilitar (la) posición de Perón”. Resulta poco sorprendente que las aprensiones de Perón en este sentido fueran compartidas por George Messersmith, el sucesor de Braden en Buenos Aires, y por otros diplomáticos estadounidenses. Messersmith, por ejemplo, informó al Departamento de Estado que “cierta gente ha estado creando, a través de informes distorsionados e inexactos durante los últimos años, una imagen completamente errónea e inadecuada de los acontecimientos en la Argentina”, alentando a Washington a no agradecer a aquellos que “distorsionaban los acontecimientos en la Argentina deliberadamente... para servir a sus propios propósitos”.⁴¹ Por

40. Documentos *The Nation*, Universidad de Harvad, Cambridge, MS 56, Frank a Kirchway, 27 de octubre de 1944; Welles, p. 197.

41. S. Braden, *Diplomats and Demagogues* (New Rochelle, 1971), pp. 325-331; HST, PSF, Braden al Departamento de Estado, 30 de junio y 1 de julio de 1945; WNRC, 800, Messersmith a Marshall, 24 de marzo de 1947. En esta nota, Messersmith se opone duramente a la caracterización de Perón como fascista paranoico que realiza una revista católica de los Estados Unidos, siguiendo el diagnóstico de Braden. En actitud similar a

su parte, Whatton, agregado naval, escribió que debido a que “muchos observadores estaban convencidos” de que el régimen militar había intentado “instalar el nacionalsocialismo de tipo alemán en la Argentina... varios incidentes menores, que normalmente se hubiesen pasado por alto, fueron profusamente utilizados como evidencia de nazismo y antisemitismo, en algunos casos por reporteros parciales que no hacían ningún intento por ser objetivos”. De nuevo, las palabras de Whatton suenan como las de algunos judíos argentinos. En esta oportunidad, sus comentarios a informes parciales y poco objetivos reseñan la propia referencia de Efron acerca del exceso periodístico en relación a los incidentes antijudíos de los dos años previos.

En verdad no es difícil encontrar evidencias confiables que muestran un cierto grado de coordinación entre Braden y *The Nation*.⁴² Todo esto sugiere que las tergiversaciones de *The Nation* no eran un accidente. De factura similar a los pedidos del Congreso de Organizaciones Industriales (CIO) de los Estados Unidos y de la Liga por los Derechos del Hombre patrocinada por el Partido Comunista Argentino, no se debe perder de vista que el reclamo de *The Nation* fue un anticipo del propio *Libro Azul* sobre la Argentina publicado por Braden cuando ya era secretario adjunto de Estado para Asuntos Latinoamericanos.⁴³

Es natural que Dean Acheson, entonces subsecretario, escribiese años más tarde con relación a la naturaleza y las tácticas pocos habituales de Braden que éste peleaba “contra sus adversarios levantando una gran polvareda antes de lanzarse a la carga engegucidamente”. En el caso argentino, el *Libro Azul*, el principal ataque de Braden, se dio a conocer luego de la polvareda producida por las presentaciones a las Naciones Unidas de la CIO, la Liga y *The Nation*. Por notoria coincidencia, las tres estaban a tono con la recomendación bradeniana desde Buenos Aires de que el Departamento de Estado considerara

la de Messersmith, el embajador británico también fustigó a los reporteros estadounidenses y a los británicos que los emulaban: Kelly, pp. 288 y 295.

42. Documentos *The Nation*, MS 56, Kirchewey a Braden, 11 de enero y 21 de agosto de 1946; NA, 835.00/2-2846 y 3-146, J. Cabot a Braden y Cabot a Byrnes; 111.12 Braden, Spruille-3-2646, L. Shultz a Braden; Documentos Spruille Braden, Universidad de Colombia, Nueva York, Correspondencia Diplomática 1946-7 A-D Cody a Braden, 1º de marzo de 1946.
43. Documentos Robert J. Taft, Biblioteca del Congreso, Washington, Acheson y la política exterior pasada, memorándum anónimo sobre la Argentina, 5 de marzo de 1947; Documentos *The Nation*, MS 56, Carta de presentación de Kirchwey en favor de G. Bermann, 10 de enero de 1946. Si es correcto el memorándum sin firma sobre la Argentina en los Documentos Taft, Braden coordinó su campaña con el Comité de Asuntos Latinoamericanos del CIO y se sirvió de éste para filtrar a la prensa opiniones sobre la Argentina y el manejo de la política estadounidense respecto de ese país. En el caso de la Liga por los Derechos del Hombre, puede sospecharse que la coordinación tuvo lugar por intermedio de *The Nation*. De ser así, la carta que el Dr. Gregorio Bermann, hombre de la Liga, llevaba consigo a Londres en momentos en que las tres organizaciones hacían campaña por el rechazo de las credenciales argentinas en las Naciones Unidas era parte del mismo esfuerzo inspirado por Braden.

“si no la expulsión de la Argentina de las Naciones Unidas, al menos el negarle la calidad de miembro”.⁴⁴

Dadas las expresiones de estima que los judíos norteamericanos naturalmente manifestaban por Braden, es claro que en su campaña para desestabilizar a Perón el embajador en Buenos Aires (mayo-setiembre 1945) y posterior secretario adjunto de Estado (noviembre 1945-junio 1947) se beneficiaría con el alto grado de preocupación de aquéllos por los alegatos de antisemitismo.⁴⁵ En la medida en que no le resultaba extraña la “manipulación de personas y de hechos”,⁴⁶ incluida la de la opinión pública norteamericana, parece razonable suponer que Braden también tuvo éxito en estimular el estado de alarma entre las organizaciones judías del país del Norte, las que sin duda tenían aprensiones propias. Esto también ayuda a explicar por qué los escritos antisemitas de Otilio Ulate, ex-presidente de Costa Rica y aspirante nuevamente al cargo, merecieron una respuesta más serena, aunque no menos efectiva, de la comunidad judía estadounidense. El *Diario de Costa Rica* —apoyado por los Estados Unidos y del cual era dueño Ulate— fue vocero de una campaña antisemita y anticomunista en 1946. En contraste con el progresivo alejamiento de Perón de los antisemitas, Ulate escribió que los judíos costarricenses tenían la culpa del antisemitismo porque no habían “venido a crear riqueza sino a succionar y a tratar de absorber el comercio nacional y el comercio extranjero”. Más aún, los judíos habían emprendido “la naturalización en serie, no por convicción ni por amor a la tierra que (los) acoge, sino por cálculos y con la intervención del comunismo local”. Habiéndole dado la bienvenida a Ulate durante su visita a Washington en marzo de 1946, el Departamento de Estado respondió a la requisitoria posterior del CJM de que nadie en el Departamento estaba al tanto de que hubiese una campaña antisemita en aquel país. Si bien esta dificultad fue remediada posteriormente, ni el rol de su diario en la campaña antisemita, ni las cosas que él mismo escribió impidieron al anticomunista Ulate convertirse en el candidato de los Estados Unidos para las elecciones de 1946 en Costa Rica.⁴⁷

-
44. D. Acheson, *Present at the Creation* (Nueva York, 1969); Braden a Stettinius, 11 de julio de 1945 en *Foreign Relations of the United States* (FRUS), 1945, t. 9, pp. 391-393.
45. Documentos Braden, H. B. Swope a Braden, 23 de abril de 1945; Correspondencia Diplomática 1946-1947, W-Z, Braden a M. Waldman, 6 de octubre de 1945; Correspondencia Braden-Renuncia 1947, J. B. Lighthman a Braden, 11 de junio de 1947; Documentos AJC, América Latina-gobierno de los Estados Unidos, Waldman a Braden, 14 de setiembre de 1945; NA, 825.00/2-1346, Landau a Braden; 111.12 Braden, Spruille/3-446, Wise a Braden; 835.4016/3-747. Landau a Braden.
46. S. N. Rawls, “Spruille Braden: A Political Biography” tesis doctoral, Universidad de Nuevo México, Albuquerque, 1976, p. 17.
47. J. Schifter, *Costa Rica 1948* (San José, 1982), pp. 126-129, 146. J. Schifter Sikora, L. Gudmunson y M. Solera Castro, *El judío en Costa Rica* (San José, 1979), pp. 172-174, 342-343.

Braden versus Messersmith: la perspectiva judía

Interpretando la situación, Perón intentó detener el éxito de sus oponentes dentro del Departamento de Estado quienes sacaban ventaja de las preocupaciones de los judíos norteamericanos. En un intento por privar a sus críticos del apoyo judío estadounidense, el presidente argentino llegó a contar con el sustento activo del embajador Messersmith que, a poco de arribar a Buenos Aires, comenzó a distanciarse y, eventualmente, chocó con Braden en relación a Perón. En su puesto diplomático anterior, en México, Messersmith opinaba desfavorablemente sobre el líder argentino y se había opuesto a la pragmática defensa que hacían de él los representantes de los intereses financieros norteamericanos en Buenos Aires. El mencionado diplomático tenía la impresión de que el conteo de votos de la elección de febrero de 1946 había sido fraudulento —impresión que el mismo Braden ayudó a disipar— y que los ingleses, cada vez más dependientes de los Estados Unidos, eran excesivamente injustos al no cooperar con su país en el caso argentino. Una vez en Buenos Aires, descubrió, en cambio, dos cosas. Una, que Perón era un serio baluarte anticomunista. Dos, que el éxito de sus planes de desarrollo económico dependía más de los Estados Unidos que de Gran Bretaña. Sin alharaca, Perón parecía dispuesto a continuar con la instrumentación de medidas antinazis, algunas de las cuales él mismo había resistido arrogantemente en el pasado. Como el mismo Braden admitió, Perón hizo posible el acceso de los Estados Unidos a los documentos de la embajada alemana mucho antes de que otros estados latinoamericanos acometiesen una acción similar. No es para sorprenderse entonces que Messersmith chocara con Braden. De acuerdo con el embajador, Perón hizo honor, en su momento, a las obligaciones emanadas de Chapultepec con no menos entusiasmo que otros gobiernos latinoamericanos que no estaban bajo la vigilancia constante del Departamento de Estado. El aval del embajador, en el sentido de que el gobierno de Perón había cumplido con los compromisos contraídos, era visto por Braden y otros como prueba de que Messersmith se había ablandado frente al fascismo o incluso se había vendido a Perón. La respuesta de Messersmith a tales acusaciones incluyó la aseveración de que él no estaba dispuesto a pedirle al gobierno argentino “que hiciese cosas que nosotros mismos, quizá, no hicimos y que van más lejos de lo que hemos esperado de otras repúblicas americanas.”⁴⁸

De especial interés es el hecho de que la contienda Braden-Messersmith se libró también sobre temas que involucraban a los judíos. Considerado por los ingleses como un “rudo y honesto conservador”, Messersmith había adquirido una “reputación militante antinazi irreprochable” durante su servicio en Berlín y Viena en la década del '30. Su visión de la Alemania nazi, cuando predijo las implicancias del hitlerismo para los judíos, así como sus valiosos contactos entre los judíos norteamericanos, que consideraban su historial como el de “un liberal y conspicuo enemigo del nazismo”, fueron puntos a su favor para el nuevo

48. NA, 835.00/8-1646, Messersmith a Acheson.

destino, aunque en el momento en que arribó a Buenos Aires su conversión a causa de la Guerra Fría había comenzado a opacar su foja de servicios.⁴⁹ Ayudado por Perón y por Bramuglia, ministro de Relaciones Exteriores, que aparentemente desperdiciaban pocas oportunidades para expresar su disgusto por la discriminación antijudía, y por su agudeza para entender que el antisemitismo era dañino para los intereses argentinos, Messersmith se convenció que un reacercamiento entre los Estados Unidos y la Argentina tendría también efectos beneficiosos para los judíos y para la extirpación del antisemitismo. Sin embargo, los factores que nutrían el resentimiento, como los negativos e inexactos artículos de prensa, alentados por colegas del embajador en su lucha contra el nacionalismo argentino, hacían más difíciles los esfuerzos de Perón para eliminar del gobierno a aquellos que estaban a su derecha. Como parte de este proceso, Messersmith aparecía ocasionalmente minimizando o negando la existencia del antijudaísmo mientras trabajaba entre bambalinas para lograr erradicar sus aspectos más visibles. Al ex-congresista Koppelman, por ejemplo, le dijo que “la política del gobierno argentino era la de seleccionar inmigrantes teniendo en cuenta su capacidad y carácter, pero no en base a discriminación alguna referida a raza o religión”. Las afirmaciones del embajador, no obstante, parecían economizar la verdad en tanto la responsabilidad de la política migratoria estaba, en aquel momento, en manos de Peralta. Que Messersmith sabía más de lo que admitía se nota en su calificación de Peralta como un “antisemita acérrimo” en una carta dirigida al Departamento de Estado. El hecho de que Bramuglia le adelantara la fecha en la que Peralta sería relevado sugiere que el embajador pudo haber tomado parte en la remoción de Peralta y de Silva.⁵⁰

Al volver al primer plano la contradicción entre democracia y comunismo, opacada transitoriamente durante la lucha antifascista, Messersmith también se opuso al conjunto de alegatos contra el gobierno argentino con el arma anticomunista. Al igual que otros diplomáticos estadounidenses, comenzó por interrogarse hasta qué punto algunas de las medidas con connotaciones antijudías no eran tomadas más bien por el tinte izquierdista de sus destinatarios; así estableció una peligrosa y bastante frecuente diferencia entre, por un lado, el rechazo del antisemitismo si estaba asociado con sentimientos antiyanquis y, por otro, una mayor indulgencia hacia todo aquello que se suponía era una expresión de anticomunismo. El nacionalismo antijudío era explicado cada vez más en términos de la presencia judía en las filas de la izquierda. La misma atmósfera anticomunista les permitió, a Messersmith y a las personas bajo su

49. Embajada británica en Washington, 5 de setiembre de 1943 en H.G. Nichols (Ed.), *Washington Dispatches* (Chicago, 1981), p. 241; S. Shafir, “George S. Messersmith”, *Jewish Social Studies*, enero 1973, pp. 32-41; K. Moss, “George S. Messersmith and Nazi Germany” en K. P. Jones (Ed.), *US Diplomats in Europe* (Santa Bárbara, 1981), pp. 113-126.

50. Documentos HIAS, XIII Argentina 19, Notas sobre la conversación informal con Messersmith, 15 de abril de 1947; NA. 835.00/5-2147, Messersmith a C. Lyon.

mando, calificar a la ONA como poco confiable debido a su lazos con elementos progresistas, críticos de los Estados Unidos.⁵¹ También les permitió ridiculizar a ciertos antiperonistas con falsas sugerencias de que eran izquierdistas. Tomemos, por ejemplo, el caso del diputado Silvano Santander. Informando sobre la abierta actitud crítica de los partidos de la oposición hacia la primera dama —Eva Perón— por su intervención en asuntos del gobierno, y sobre el rol del mismo Santander en ese sentido, Messersmith escribió que el diputado fue anteriormente “miembro del Comité Nacional para la Investigación de Actividades Nazis y, también, subdirector del diario *Crítica*, proaliado y antiperonista”. Santander había sido, asimismo, “miembro del directorio de la ‘Liga por los Derechos del Hombre’, grupo controlado por el Partido Comunista, y amigo del Dr. Emilio Troise, uno de los líderes intelectuales del mismo partido”. Al editor del diario *La Prensa*, Adolfo Lanús, ex-legislador y miembro del mismo comité antinazi no le iba mucho mejor.⁵² Aunque no son los únicos ejemplos, los casos de Santander y Lanús evidencian cómo el cambio de atmósfera llevó a una reclasificación de los aliadofilos de ayer.

El manejo que hizo Messersmith de la entrevista con un emisario de la ONA así como de una requisitoria del AJC ayudan a ejemplificar las ramificaciones de su enfrentamiento con Braden en relación a la problemática judía.

La llegada a Buenos Aires del rabino Samuel Wohl, en junio de 1946, le proporcionó al embajador una temprana oportunidad para generar, con cautela, la duda acerca del supuesto antisemitismo del gobierno de Perón y exponer,

51. NA, 812.91210/1-2546 y 2-2746, Messersmith a Byrnes. Ambas cartas, escritas durante la última parte de su designación como embajador en México, se relacionaban con la estrecha conexión entre la ONA y la Agencia de Noticias Latinoamericana (ANLA), una organización que criticó el apoyo de Messersmith a la candidatura presidencial del derechista Ezequiel Padilla en lugar de la de Miguel Alemán, que contaba con las simpatías de la ANLA. El rol de Messersmith en abrir una cuña entre la ONA y la ANLA no puede ser visto solamente como un hecho incidental de las actividades del embajador para privar a Alemán del apoyo judío y estadounidense sino que debe ser interpretado también como parte de la nueva marea anticomunista que forzó a organizaciones judías estadounidenses, como el AJC, a cortar su relación con elementos progresistas de América Latina. El resultado de esto fue que la ONA rompió sus conexiones con la ANLA en tanto que el AJC cortó su asociación con el Comité Contra el Racismo (CCR) en México, apoyatura de Alemán. El AJC había asistido financieramente al CCR desde su creación, en 1944. Elena Vázquez Gómez de ANLA fue secretaria del CCR cuando Vicente Lombardo Toledano, líder de la Central de Trabajadores Latinoamericanos y vicepresidente del CCR, era considerado por Messersmith el baluarte más importante de la URSS en México. Además, puesto que Messersmith también sospechaba que la ANLA, y por lo tanto la ONA, podía estar recibiendo apoyo soviético, recomendó poner a la ONA bajo intensa vigilancia. Documentos AJC, minutas del Comité de Ultramar, 19 de junio de 1944 y 24 de julio de 1945; México 1944-1947, 58, Vázquez a J. Slawson, 16 de enero de 1946; Slawson a Vázquez, 28 de enero de 1946; Waldman a J. Blaustein, agosto de 1946; NA, 812.91210/5-2246 y 5-2946, J. W. Carrigan a R. Geist y Geist a Carrigan.

52. NA, 835.00/8-246, Messersmith a Braden; WNRC, 500, O'Donoghue a Marshall, 16 de enero de 1947.

ya en forma más enfática, las tácticas empleadas por los judíos estadounidenses más exaltados. La esencia de lo que puede haberse percibido en el momento de la visita de Wohl emergió con claridad cuando Messersmith fue abordado por Jacob Billikopf, un hombre cercano al AJC. Un mes después de su acreditación como embajador, Messersmith informó a Braden sobre su conversación con Wohl, rabino reformista involucrado en la política sionista a raíz de su posición de presidente nacional de la Liga Norteamericana por una Palestina Laborista e integrante del Comité Administrativo de la Agencia Judía.⁵³ De acuerdo con esta comunicación, Messersmith le dijo a Wohl que “no se hacían discriminaciones contra los judíos” y que, si bien era muy pronto para saber cómo saldrían las cosas, él, sin embargo, no veía ninguna intención por parte “del gobierno argentino de perseguir a los judíos, de ponerlos en un plano inferior o de discriminarlos”. Consciente de que en los últimos meses habían existido incidentes antisemitas, el embajador trató de convencer a Wohl de que lo sucedido en manifestaciones antijudías fue el resultado de una muy amarga campaña política”. En cuanto a la intención del rabino de entrevistarse con Perón con miras a sacarle un pronunciamiento sobre el antisemitismo, idea que, según Wohl, le había sido sugerida por alguno de sus contactos judíos locales —aunque el embajador era escéptico al respecto—, Messersmith trató de enfriarla lo más posible. Si tenía lugar la reunión, afirmaba Messersmith, Perón habría tomado a mal el pedido, puesto que éste significaba aceptar que existía un problema.⁵⁴ Más aún, en una crítica implícita de la política del Departamento de Estado, en mayo de 1946 el embajador sostuvo que algunos judíos norteamericanos se estaban “exaltando indebidamente” con el antisemitismo que existiría “en otras repúblicas americanas y exageraban la situación”. En forma mordaz decía que “de alguna manera nuestros amigos judíos en casa ponen a veces, en situación embarazosa a los judíos de otras repúblicas americanas al incitarlos a involucrarse en asuntos que los judíos de esos países saben que es mejor dejar quietos”. Teniendo en cuenta que la política inspirada por Braden describía el propósito “parcialmente logrado” de Perón como el de la “formación de un estado totalitario modelado en las doctrinas del nacional-socialismo y que, bajo esa rúbrica, había “alentado al nacionalismo extremo argentino” y “fracasado en contener la persecución de los judíos”,⁵⁵ es bastante obvio que, a los ojos de Messersmith, Braden aparecía aguijoneando a los preocupados judíos norteamericanos para que exageraran.

Wohl se encontraba en Buenos Aires como parte de una gira más amplia por América Latina para estudiar las alternativas de expansión de los servicios de la agencia noticiosa judía. En su charla con Messersmith mencionó que la ONA estaba contemplando la posibilidad de establecer un foro Estados Unidos-América Latina, donde prominentes personalidades de ambas procedencias discutiesen asuntos de interés común. Tratando de justificar su poco entusiasta

53. NA, 032/5-2246, Landau a Halle, ATJ, Cincinnati, 18 de abril de 1946.

54. NA, 811.91210/6-2746, Messersmith a Braden.

55. WNRC, 710, Acheson a Cabot, 8 de mayo de 1946.

respuesta a Wohl,⁵⁶ Messersmith se aferró al hecho de que Sumner Welles, uno de los más acérrimos críticos de la interferencia de Hull y sus discípulos en los asuntos argentinos, era miembro del directorio de la ONA, sugiriendo que el ex-subsecretario estaba usando sus conexiones judías norteamericanas para llegar a un auditorio más amplio. Es de interés notar que, en ese momento, Welles planteaba públicamente que, a pesar de las actividades antijudías de muchos "secuaces de Perón", Braden no era ningún "salvador" de la comunidad judía argentina, como algunos de sus simpatizantes buscaban sugerir. En realidad, el objetivo más importante de Messersmith no era Welles. El embajador no sólo había sido mencionado como posible sucesor de Welles en 1943 para contrarrestar la "política del garrote" de Hull hacia la Argentina sino que, además, la afirmación de Welles sobre el rol de Braden era una versión, aunque más atenuada, de lo que el propio Messersmith estaba planteando.⁵⁷ De allí que la mira de éste apuntara más bien a Braden y sus seguidores en el Departamento de Estado. Y en la medida en que era sabido que el secretario adjunto y sus subordinados aludían a la opinión pública estadounidense, tal como ésta aparecía reflejada en la prensa, para justificar su posición, Messersmith le recordaba a Braden que la ONA no era confiable. Esto no sólo le permitía al embajador ubicar su escasa cooperación con los objetivos de Wohl bajo un cono de luz antiizquierda sino que además apuntaba a segarle la hierba bajo los pies al secretario adjunto.

Unos pocos meses después, la protesta de la DAIA al intendente de Buenos Aires por la discriminación antijudía en la designación de internos entre los estudiantes de medicina para los hospitales municipales precipitó, aparentemente, al AJC a consultar a Messersmith a través de Billikopf uno de sus viejos conocidos judíos. La extensa carta de Messersmith a Billinkopf, no sólo buscaba reafirmar ante la comunidad judía norteamericana que Perón no era antisemita, sino que intentaba también llamar su atención al hecho de que, en tanto terminara alentando a aquellos que se oponían a los esfuerzos del presidente argentino para establecer relaciones con los Estados Unidos sobre bases amistosas, el sesgo antiperonista de los periodistas judíos norteamericanos estimulado por Braden distaba de ser útil. A pesar de que Messersmith reconocía que el caso de los internos era una fuente legítima de preocupación, al igual que otro asunto sobre el cual él ya había llamado la atención de Bramuglia, constituía, en verdad, el único caso comprobado de antisemitismo. Otras cuestiones, incluyendo la transferencia de maestros judíos en la provincia de Santa Fe⁵⁸ así como el envío de conscriptos judíos a puestos militares

-
56. NA, 032/5-2246, Halle a Landau; 811.91210/6-346, Byrnes a los diplomáticos estadounidenses en América Latina. El secretario de Estado Byrnes solicitó a los diplomáticos norteamericanos que ayudasen a Wohl.
57. Welles, p. 184; embajada británica en Washington, 5 y 18 de setiembre de 1943 en Nicholas, pp. 241 y 248.
58. En contraste, los registros de la oficina de Braden indican que un miembro del directorio de YMCA mencionó que "los maestros judíos en el sistema de escuela pública eran trans-

lejanos, no habían sido probados como medidas específicamente dirigidas contra los judíos. Teniendo en cuenta los atentados nacionalistas contra los templos protestantes, los desmanes cometidos contra las sinagogas no eran exclusivos ni ordenados por el gobierno. Sin entrar en mayores detalles, Messersmith expuso su convicción de que ni Perón ni Bramuglia eran antisemitas al punto de aventurar que “el gobierno actual no es ciertamente antijudío” y que, en general, la situación de los judíos argentinos “ha sido y continúa siendo muy satisfactoria”. El embajador también manifestaba su confianza sobre el futuro ya que, según él, el gobierno deseaba tomar a su debido momento una acción contra los nacionalistas, cuyo apoyo a Perón había comenzado a flaquear luego de la elección de febrero de 1946.

Antes de concluir, Messersmith sugirió a Billikopf que la comunidad judía norteamericana debía cuidarse si quería ayudar a los judíos locales. “Yo no sería franco —escribió— si no le dijera que tengo información de que una de las razones por las que este grupo nacionalista ha estado activo en sus actitudes antijudías es que ellos dicen que algunas de las cosas que se han escrito sobre la Argentina en el último año, y que no están basadas en hechos reales, han sido escritas por judíos en los Estados Unidos y en Gran Bretaña”. Un buen indicio de que esta versión tenía su origen en Perón o Bramuglia lo brinda la explicación adicional del embajador de que “yo sólo menciono esto porque me han dicho algunas personas tan opuestas a cualquier tipo de discriminación como lo soy yo, que es probablemente correcto que parte de la actividad de los nacionalistas se deba a su resentimiento por ciertos artículos sobre la Argentina publicados en la prensa extranjera y que no consideran basados en hechos verdaderos”.⁵⁹ El mensaje ligeramente velado de Messersmith fue preciso en su evaluación del impacto negativo que tenían las exageraciones del tipo de las de *The Nation*, y de aquéllos detrás de las mismas, así como sobre las maniobras de Perón para marginar a los nacionalistas. Dicho de otro modo, el embajador apeló a los judíos de los Estados Unidos a que no permitieran que los antagonistas de Perón explotaran sus ansiedades.

feridos a zonas rurales alejadas” y que “los judíos están impedidos para dar exámenes en la Facultad de Medicina de Buenos Aires o servir como internos en los hospitales”. El sumario de lo que los visitantes de YMCA expusieron, preparado por la oficina de Braden, exageró la importancia de ambos episodios al crear la impresión de que lo que le ocurría a un número importante de maestros judíos en la provincia de Santa Fe era norma general para todo el país, del mismo modo que extendió a todo el territorio argentino la discriminación antijudía en los hospitales de Buenos Aires. NA, 835.00/3-1347, memorándum de la conversación entre YMCA y Braden.

59. NA, 835.00/5-2147, Messersmith a Billikopf. Messersmith le dijo al presidente de la Congregación Israelita de la República Argentina, Roberto Mirelman, con quien se entrevistó por sugerencia de Billikopf, que el gobierno de la Argentina se había quejado de la propaganda antiperonista realizada por “algunos judíos estadounidenses” luego de la publicación de un artículo de Josephs (cronista que colaboró con Bruce en la redacción de su libro sobre la Argentina) en el *New York Times*, documentos AJC, Oficina Latinoamericana del AJC, 1948, Yagupsky a M. Himmelfarb, 3 de marzo de 1948.

A modo de explicación, la carta de Messersmith al Departamento de Estado enfatizaba que Perón y sus colaboradores en el gobierno están contra toda discriminación racial o de otra índole y, en particular “se oponen a cualquier discriminación contra los judíos”. Messersmith también transmitió el acertado pronóstico de Bramuglia que Peralta dejaría el gobierno antes de finalizado el mes de julio. Insinuando que la situación de los judíos en la Argentina era mejor que en los Estados Unidos, reafirmó su creencia de que algunos de los judíos de ese país se encontraban “preocupados excesivamente por la situación aquí y más involucrados que los propios judíos locales”. Esto era una referencia al presidente de la DAIA, Moisés Goldman, y a otros líderes judíos argentinos que, aunque alertas por los ultrajes antisemitas, se cuidaban de evitar tergiversaciones al hablar con los funcionarios del Departamento de Estado y con su contraparte judía en el país del Norte.⁶⁰ En realidad, agrega Messersmith, “no hay tanta discriminación social contra los judíos de aquí como la que hay en Nueva York o en muchos lugares en nuestra propia tierra”. Mientras que dicha comparación podía ser fácilmente ridiculizada como un intento de minimizar el antisemitismo argentino, y la responsabilidad que le cabía en este sentido a ciertos funcionarios locales, el mismo punto fue levantado por C. Marcovich antes de la designación de Messersmith a la embajada en Buenos Aires. Marcovich, enviado de la DAIA, visitó los Estados Unidos y Europa por mandato del ente representativo del judaísmo argentino. A su vuelta, y dirigiéndose al Consejo Directivo de la DAIA hizo dos menciones reveladoras. Por un lado, que el antisemitismo estaba “bastante bien atrincherado” en los Estados Unidos, aunque no fuera inspirado por el gobierno. Por otro lado, que al igual que en Europa hay “mucho ignorancia sobre la vida de nuestra comunidad” entre los judíos norteamericanos. Habiendo estado presente en una reunión del CJM, las declaraciones aparentemente sin calificar del enviado de la DAIA, iban en el sentido de convalidar las declaraciones posteriores de Messersmith y de Whatton.⁶¹

Poco más de un año después de su arribo a Buenos Aires, Messersmith surgió como el ganador. Esto significó la adopción por parte del gobierno estadounidense de la política de acomodación de la Argentina que Braden había bloqueado constantemente (a pesar de la resistencia que sus recetas suscitaron entre importantes miembros del Congreso y de las fuerzas armadas norteamericanas, así como entre muchos hombres de negocios). No obstante, el alejamiento conjunto de Braden y Messersmith y la supervivencia de otros funcionarios que coincidían con el punto de vista del ex secretario adjunto, dejó, en un principio, la impresión de que se trataba de una victoria a lo Pirro. Por consiguiente, pasó bastante tiempo antes de que las organizaciones judías estadounidenses se reconciliaran con el aval que le dio Messersmith a Perón. No sólo el AJC actuó

60. NA, 835.00/1-2745, memorándum de la conversación entre Rockefeller y Goldman. De acuerdo con él, los comentarios del presidente de la DAIA “fueron algo precavidos” y no se hizo mención específica al antisemitismo.

61. DAIA, *Actas del Consejo Directivo*, 14 de marzo de 1946.

en forma aparentemente olvidadiza con respecto a algunas de las cosas que Yagupsky había escrito en junio de 1946, sino que muchos años más tarde, en 1949, todavía quedaban quienes consideraban que la actitud de Perón para con los judíos era similar a la de Mussolini antes de 1937.⁶²

Las razones, algunas bastante obvias, de la dificultad que tenían los judíos norteamericanos para abandonar posiciones como las de Braden se pueden sintetizar como sigue:

1. El sentimiento de culpa y las dudas de los judíos estadounidenses sobre si habían hecho todo lo posible para evitarle a los judíos europeos su trágica suerte durante la Segunda Guerra Mundial eran tierra fértil para el alarmismo y para la tendencia a magnificar el más pequeño incidente antijudío.

2. Las negativas crónicas periodísticas sobre la neutralidad argentina durante la guerra, remontándose al desafío que el gobierno conservador había hecho a los Estados Unidos después de Pearl Harbour, tuvo su costo en la opinión pública del Norte, especialmente en la judía, fuertemente representada en los círculos progresistas y liberales. Con semejante telón de fondo, las restricciones explícitas de la Argentina en relación a la inmigración judía fueron enjuiciadas sin la debida evaluación de la posición de otros sectores políticos argentinos y del resto de los gobiernos americanos. De modo similar, los atentados antijudíos de los grupos nacionalistas eran vistos como prueba irrefutable del antisemitismo de Perón más que una posible señal de luchas políticas internas.

3. El advenimiento de los Estados Unidos como superpotencia no se gestó sin ciertas repercusiones sobre sus habitantes, incluidos los judíos. Naturalmente, algunos voceros judíos admitieron su deseo de "servir como hermanos mayores" a sus iguales al sur del Río Grande.⁶³ Siendo lo que ha sido la historia judía contemporánea, la interferencia de Braden en los asuntos argentinos sólo exacerbó una inclinación de los judíos norteamericanos a confiar en la habilidad de Washington para intervenir en los asuntos internos de otros países por el bien de sus hermanos en peligro.

4. Si bien la lucha contra el antisemitismo en terceros países no estuvo exenta de inclinaciones altruistas, la persistencia de la judeofobia también podía afectar el bienestar de los judíos norteamericanos. Las restricciones antijudías en otras partes tendían a aumentar el número de sobrevivientes al holocausto que deseaban inmigrar a los Estados Unidos creando nuevos problemas. El orgullo de los judíos norteamericanos por sentirse parte de una democracia líder no eclipsaba su incapacidad para influir en el ánimo de la administración, ya que no del Congreso, para abrir las puertas del país a un número ilimitado de judíos europeos menos afortunados.

62. Documentos AJC, América Latina, J. Hochstein a Segal, 15 de agosto de 1949.

63. Documentos AJC, América Latina-Administración estadounidense. Borrador del informe sobre la conversación Waldman-Braden, 26 de febrero de 1946. Otro autoproclamado "hermano mayor" del judaísmo latinoamericano era el sionismo. N. Bistrizky, *Del judaísmo y el sionismo en Latinoamérica* (Buenos Aires, 1949), p. 144.

5. La incauta respuesta que los judíos norteamericanos le brindaron a las advertencias de cautela de Messersmith no puede disociarse de la transición entre la cooperación Estados Unidos-Unión Soviética y el anticomunismo, fenómeno éste que empezaba a predominar entre los líderes norteamericanos con peso en la toma de decisiones. Esto, naturalmente, militaba en contra de las relaciones entre los judíos estadounidenses liberales y la centro-izquierda e izquierda latinoamericanas. Desvincularse de quienes se oponían al racismo y al antisemitismo no era algo fácilmente aceptable por muchos. Esto era menos aceptable aún para quienes apoyaban la creación de un estado judío. Vale la pena señalar el hecho de que un número importante de simpatizantes latinoamericanos de la causa sionista eran sospechosos (y/o acusados) por los diplomáticos estadounidenses u otros de ser izquierdistas o comunistas. Entre ellos podemos citar a los argentinos Adolfo Lanús y Silvano Santander, al colombiano Eduardo Zalamea Borda, a la costarricense Corina Rodríguez López, a la cubana Ofelia Domínguez Navarro, a Jorge García Granados de Guatemala, a Lázaro Cárdenas y Vicente Lombardo Toledano de México y al venezolano Pedro Zuloaga. Sin ignorar la filiación política de algunos de los mencionados, es claro que el argumento era espurio para varios de ellos.

6. Poco sospechaban los judíos estadounidenses, en especial los que apoyaban un estado judío, que mientras que el peronismo estaba lejos de ser un fenómeno pasajero, Braden no era más que un aliado ocasional, aunque dañino. Las razones mencionadas en párrafos anteriores, naturalmente, ganaron el aplauso de los judíos y liberales para la campaña antiperonista de Braden. Sin embargo, si ésta era sensible al antisemitismo —él mismo había recibido correspondencia cargada de odio contra los judíos y los norteamericanos—⁶⁴ de ninguna manera puede extenderse también esa sensibilidad al sionismo. Por el contrario, lo opuesto puede que sea más veraz. Aunque nunca se dijo claramente, existen indicios y circunstancias que permiten abrigar sospechas que consideraciones ideológicas —anticomunismo—⁶⁵ y burocráticas, impulsaban a Braden a no profesar simpatía por el sionismo. A pesar de tener una imagen liberal, fue su informe incriminatorio sobre Natán Bistrizky, enviado del Fondo Nacional Judío (KKL), escrito en el período en que la alianza antinazi entre los

64. Documentos Braden, Correspondencia miscelánea, G. Salas a Braden, agosto de 1945; citas de un diario de autor anónimo, 27 de agosto de 1945; F. Alderman a J. M. Bustillo, 27 de agosto de 1945; carta anónima a Braden, sin fecha; Logia Falucho a Braden, 1 de setiembre de 1945; Rama a Braden, 17 de setiembre de 1945; carta anónima a Braden, 18 de setiembre de 1945.

65. Al igual que Loy Henderson, considerado como antisionista por muchos partidarios del estado judío, Braden era de los principales oponentes a la conformación de una oficina de Investigación e Inteligencia, la que les hubiera quitado la atribución de ser los únicos proveedores de información de inteligencia regional dentro del Departamento de Estado. Sería ir demasiado a fondo en la lectura de la palabra de Braden el sugerir que él compartía plenamente el punto de vista de Henderson sobre la incompatibilidad de apoyar la causa sionista y otros intereses estadounidenses al mismo tiempo. Braden, pp. 346-351; Acheson, pp. 159-161.

Estados Unidos y la Unión Soviética protegía a los simpatizantes y partidarios del sistema soviético de la persecución anticomunista, el que indujo al FBI a vigilar constantemente a Bistritzky. Como tal, éste y lo que representaba, así como todos aquellos que entraron en contacto con él, se volvieron sospechosos de ser comunistas mucho antes de que el macarthismo prevaleciese en Washington.⁶⁶ No menos importante que la actitud de Braden frente al enviado del KKL fue el tratamiento que dio a un informe muy crítico sobre el sionismo que le entregó uno de sus antiguos colaboradores. Asegurándole al autor que se las arreglaría “para colocarlo en las manos que pudieran hacer el mayor bien”, Braden pasó el informe a los expertos en asuntos del Medio Oriente del Departamento de Estado.⁶⁷

Conclusiones

Desde Pearl Harbour, los esfuerzos de Washington por reemplazar los sucesivos gobiernos de Buenos Aires por uno que aceptase seguir su línea sin objeciones, llevaron a exagerar las inclinaciones pro-Eje de la dirigencia civil y militar argentina. Esto fue reconocido por Sumner Welles, sir David Kelly, George Messersmith y otros que también objetaron la cobertura periodística sobre la Argentina que se hacía en sus países. Sin negar la existencia de un pequeño pero influyente núcleo de simpatizantes pro-Eje en círculos civiles así como en las fuerzas armadas, las evidencias disponibles no logran probar que no fuese auténtico el distanciamiento de Perón de los nacionalistas más extremos, en un proceso cuyos orígenes pueden remontarse a la segunda mitad de 1943. Es bueno recordar que en ningún material de archivo hay elementos que permitan identificar el hundimiento en el Atlántico de algún barco aliado por información proveniente de agentes alemanes en la Argentina. Del mismo modo, la teoría de que el Eje haya estado detrás del golpe militar no ha podido ser probada. En cuanto a la propaganda nazi en la prensa argentina, Sidney Robertson, el diplomático inglés cuyo trabajo era neutralizarla, sugiere que dicha tarea había sido ampliamente realizada allá por 1941. Es cuestionable, por lo tanto, que alguna vez la Argentina haya representado una amenaza para los intereses de los Estados Unidos como Hull y sus seguidores sostenían.

La evolución de la guerra probó que el diagnóstico inglés era acertado, en el

66. NA, 800.00B Unión Sionista de Cuba/1-2 y 4, Braden a Hull, 18 de enero y 6 de abril de 1944.

67. La reticencia de Braden a entrevistarse con Moisés Toff en el momento en que se hizo cargo del Departamento América Latina de la Agencia Judía puede ser una muestra más de su posible falta de simpatía por el sionismo. Aun cuando Toff traía saludos del socialista Enrique Dickman, uno de los amigos antiperonistas de Braden, y expresaba su apreciación por la actuación de Braden en la Argentina, el deseo de Toff de verse con el secretario adjunto fue ignorado. Documentos Braden, Correspondencia diplomática 1946-1947, q-v, Toff a Braden, 4 de enero de 1946; Braden a Toff, 11 de enero de 1946.

sentido de que el colapso del nazi-fascismo en Europa disipaba cualquier peligro que los Aliados pudieran haber tenido que enfrentar en la Argentina. Por otra parte, antes del fin del conflicto bélico Perón percibió en forma acertada la necesidad de un acercamiento con los Estados Unidos. Esto era crucial para el desarrollo económico del país en la posguerra y de allí su progresivo distanciamiento de los nacionalistas. Pero ni la perspectiva de que los intereses norteamericanos consiguieran contratos provechosos, o de que los militares estadounidenses desalojasen a los alemanes de su posición de indudable prestigio entre las fuerzas armadas argentinas, ni tampoco las credenciales anticomunistas de Perón, parecieron ser suficientes al principio para abrir una nueva página en la historia de las relaciones entre la Argentina y los Estados Unidos sin cierta mejoría en la imagen que la opinión pública norteamericana tenía de la Argentina. Aquí es donde el tema judío entra a tallar.

Parte de la distorsionada imagen con la que se alimentó al público norteamericano fueron las acusaciones de judeofobia en la Argentina. La alarma judía, estimulada por las exageraciones de los medios de comunicación y fortalecida por las posiciones de los funcionarios del Departamento de Estado, fue utilizada como parte del arsenal de los militantes antiperonistas. Sin negar la existencia de antisemitismo entre los partidarios de Perón, era decididamente incorrecto que los judíos del país del Norte supusieran que el líder argentino estaba más allá de todo cambio y que siempre representaría un peligro para los judíos de su país. Con todo esto como telón de fondo, no sorprende que Perón haya llegado a dedicarle atención a su imagen entre los judíos, con la esperanza de apaciguar sus temores. Y si la importancia que aquél llegó a darle a la eliminación del antisemitismo sugiere que tenía una visión exagerada de la influencia de los judíos norteamericanos, no cabe duda de que sus interlocutores judíos no estaban muy deseosos de sacarlo de su error. De hecho, sin embargo, el cambio de la política de Washington en junio de 1947 se llevó a cabo sin que Perón hubiera tenido completo éxito en mejorar su relación con los judíos de los Estados Unidos. Aunque éstos no carecían de poder, tampoco eran lo suficientemente fuertes como para evitar el cambio de políticas. Puesto de esta manera, su fuerza llegó al punto culminante cuando sus preocupaciones coincidieron con las de aquellos que, dentro del gobierno de Washington, tenían a su cargo las decisiones políticas con respecto a la Argentina.

La victoria electoral de Perón en febrero de 1946 no fue un pequeño traspié para Braden aunque no debemos subestimar las acciones del secretario adjunto hasta el momento en que el general George Marshall asumió como secretario de Estado.

Pero las exageraciones de inspiración bradeniana provocaron también reacciones en un sentido inverso al esperado, como las sofisticadas argumentaciones respecto de las diferencias entre la judeofobia antiestadounidense (castigada) y la anticomunista (tolerada). Finalmente es importante señalar que el deseo del presidente argentino de disipar la inquietud de los judíos estadounidenses, que consideraba que era uno de los factores que

podían entorpecer el mejoramiento de la imagen de su gobierno en los Estados Unidos, lo llevaría a entender que los reclamos judíos en favor del sionismo podían brindarle una promisorio oportunidad que no debía desaprovechar. Esto constituyó, sin duda, uno de los principales motivos de su apoyo a la creación de un estado judío, siempre que ese apoyo no perjudicase las relaciones argentino-árabes, y de su expresa oposición al alineamiento con los enemigos de la causa sionista.⁶⁸

68. I. Klich, "Argentina, the Arab World and the Partition of Palestine", en *Proceedings of the Ninth World Congress of Jewish Studies* (Jerusalén, 1986), tomo B-III, pp. 271-277; I. Klich, "Latin America, the United States and the Birth of Israel", *Journal of Latin American Studies*, vol. 20 N° 2, 1988, p. 416, n. 41. Lamentablemente, este trabajo contiene una inexactitud, a saber, que Nicaragua se abstuvo en la primera votación del plan de partición de Palestina. En verdad, Nicaragua votó a favor, tanto el 25 como el 29 de noviembre de 1947. Albergamos la esperanza de que esta corrección ha de evitar el riesgo de propagación pues, a cuatro años de su salida, nadie detectó y publicitó tal imprecisión antes.